



Lou CARRIGAN

LOS GATOS ASESINOS



**COLECCION
LA HUELLA**



**ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección LA HUELLA:

61. - “Cosa Nostra”.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

264. - Garras encantadas.

LOU CARRIGAN

**LOS GATOS
ASESINOS**

Colección LA HUELLA n.º 63
Publicación quincenal
Aparece los lunes



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-03656-2

Depósito legal: B. 45.323 - 1975

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición en esta Colección: enero, 1976

© Lou Carrigan - 1967

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL
BRUGUERA, S. A. Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BRUGUERA S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1974

CAPÍTULO PRIMERO

Se estaban besando la mar de felices. Como fondo, nada menos que El lago de los cisnes, de Tchaikowsky. Como ambiente, un *living* más bien pequeño, adornado con cuadritos, almohadones de colores, luz indirecta, dos sillones y un sofá, una bonita alfombra... Ellos estaban sentados en el sofá. Delante, una mesita con dos copas y un cubo que contenía una botella de champaña. Una estantería-librería que contenía figuritas de adorno, un televisor, dos jarritos con flores, el

pic-up

del cual brotaba la música... y libros, naturalmente.

La mar de felices.

Ella le estaba dando besitos en la barbilla en aquel momento, mientras musitaba:

—¿Por qué no...?

Besito.

—... nos casamos...

Besito.

—¿... hoy mismo, Miky?

Miky Romano suspiró profundamente. Y se dedicó a contestar, sin prisas...

—Porque hasta...

Besito en una oreja.

—... dentro de tres días...

Besito en el cuello finísimo de ella.

—... no empiezo mis vacaciones...

Besito sensacional en los labios.

—... ¿Qué estaba diciendo?

—Que hasta dentro de tres días...

Besito.

—... no empiezas...

Besito.

—... tus vacaciones...

—Ah, sí. Mis vacaciones acumuladas. No las empiezo...

Besito.

—... hasta dentro de...

Besito.

—... tres días.

Beso por partida doble. Ella se llamaba Hortense Harvey, y él Miky Romano. Ella tenía los ojos muy grandes y muy brillantes, oscuros; y la boquita dulce, alargada, llenita. Tenía veintidós años, un cuerpo espléndido, unos labios dulcísimos..., y estaba loca por Miky Romano...

Miky Romano tenía veintinueve años, los cabellos castaños y rebeldes, la barbilla agresiva, los ojos muy claros, los hombros muy anchos..., y, en un bolsillo, una placa y tarjeta del FBI. Estaba loco por Hortense Harvey.

De manera que...

Sonó el teléfono.

Fue como un estampido que rompiese las burbujas del amor, de la paz, de la dulce velada. Separaron sus labios sobresaltados y quedaron mirándose, consternados. Pero, no. No había sido un error. Por encima de la maravillosa música de Tchaikowsky, el aparato maligno emitió otro timbrazo.

—¿Contestamos? —Gruñó Miky Romano.

—Lo que tú quieras.

—No, no... Lo que quieras tú...

—No. Lo que quieras tú.

—Tiene que ser lo que tú quieras.

—A lo mejor es alguien que se ha equivocado de número. Díselo y así terminamos.

—Bueno.

Besito. Romano se puso en pie, fue al teléfono, lo descolgó y masculló:

—Diga quién es.

—¿...?

—Emmm... Sí... Sí, señor, soy yo, sí...

—...

—Pero, señor...

—...

Miky hizo señas a Hortense hacia el
pic-up,
y la muchacha se apresuró a detenerlo, de modo que el agente del
F. B. I.,
pudo atender mejor el diálogo.

—Perdón, señor... ¿Qué me decía de ir a...?

—...

—Oh, bien... Sí, naturalmente que iré..., ejem..., con mucho
gusto, claro. ¿Qué ha ocurrido?

—...

—Ah, bien... ¡¿Cómooooo...?!
Clic.

Tras la exclamación de Romano, su interlocutor había colgado el
teléfono. Y el

G-man

se quedó mirando su auricular como aturdido, incrédulo. Lo colocó
lentamente en el soporte y se quedó mirando a su novia,
parpadeando cada vez más atónito.

—Tengo que irme. Hortense.

—Oh, no, Miky...

—Lo siento. Parece que mi jefe se ha propuesto tenerme en
pleno baile hasta que salga de vacaciones.

—¿Volverás esta noche?

—No lo creo. Mientras tanto, dedícate a pensar dónde querrás
que vayamos a casarnos y a pasar la luna de miel. Y date prisa,
porque solamente faltan tres días para eso.

—¡Tres días aún...! —suspiró ella.

Miky Romano sonrió. Abrazó a su novia y le dio tal beso que,
cuando ella se recuperó, él ya estaba saliendo del *living*, directo
hacia la puerta del coquetón apartamento.

—¡Miky! ¿Qué ha pasado?

La cabeza de

G-man

apareció por un lado del marco.

—Un gato ha asesinado a un hombre.

CAPÍTULO II

El agente del FBI detuvo su auto ante la verja de la villa sita en el 260 de Davenport Avenue, en New Haven, y cuando el agente de la policía se inclinaba para interesarse por él, le mostró su placa.

—Agente Romano... El inspector Mulberry, del FBI, me está esperando ahí dentro, creo.

—Sí, señor. Le abriré la verja.

—Muy amable.

El uniformado policía abrió la verja, Romano entró en la villa y segundos después detenía el coche ante el porche de la casa. Era quizá demasiado grande, rodeada de jardín bastante descuidado; también la casa parecía que había conocido tiempos mejores.

La puerta estaba abierta, y un hombre de paisano se adelantó hacia Miky cuando éste subía los escalones. Le tendió la mano.

—Hola, Miky. Tu jefe y el mío están ahí dentro, quemándose los sesos en busca de una explicación... razonable.

—¿Qué demonios es eso de que un gato ha asesinado a un hombre?

—Ya verás, ya... Pasa.

Cada vez más intrigado, Miky Romano penetró en la casa, directo hacia la puerta en la cual se veía luz. Era el *living*. Un *living* grande, casi destartado, con muebles que también habían conocido tiempos mejores; una librería vetusta, con cristalerías, no demasiado limpias; un tresillo, un par de sillones diferentes, chimenea, algunas sillas, cuadros poco menos que tétricos en las paredes... Un ambiente poco menos que de películas de vampiros y hombres-lobo.

Había una mujer de unos sesenta años sentada en un sillón, tan pálida que de verdad su rostro parecía blanco. Ropas severas, moño de grises cabellos, manos arrugadas... Junto a ella, en pie, la más absoluta antítesis: un hombre de unos treinta y dos años, más alto

que Romano, atlético, saludable, de mirada inteligente, elegante y atractivo, muy apuesto. Llevaba por indumentaria un batín, y bajo éste un pijama.

Luego, Romano vio el capitán Blandford, de Homicidios, y a su jefe, el inspector-jefe de la Delegación del FBI en New Haven. Había un compañero del FBI también y dos detectives de Blandford, todavía con la cámara fotográfica con *flash* y lo necesario para la búsqueda de huellas. Como ya los conocía a todos, Romano prestó su atención, primordialmente, al bulto que se veía en el suelo, a un lado del *living*, cubierto con una manta. Junto a ese bulto, había una silla de ruedas. Intentando acercarse al bulto y a la silla de ruedas, un hombre de calva cabeza, con lentes, menudo, vestido de negro, maletín en mano.

Y se dice intentarse porque, evidentemente, no podría conseguirlo... a menos que alguien matase al gato.

Un gato de Angora, peludísimo, enorme, de gran cabeza y ojos relucientes. Era en verdad un soberbio ejemplar, de peso no inferior a las veinte libras. Sus ojos brillaban diabólicamente, como trozos de cristal coloreados por llamas. Un ejemplar de felino menor tan impresionante, que Miky Romano no culpó en lo más mínimo al forense de la policía por no atreverse a acercarse.

Sobre todo, teniendo en cuenta las evidencias: el gato tenía parte del pecho y la cabeza, así como las patas delanteras, manchadas de rojo, de sangre. Y cada vez que el forense daba un rodeo intentando acercarse al bulto cubierto por la manta, el gato arqueaba el lomo, con el pelaje erizado, y daba un bufido escalofriante, mostrando sus colmillos espantosos.

Miky se volvió hacia su jefe, alzadas las cejas en clara interrogación. Mulberry se limitó a señalar al gato.

—Ahí lo tienes, Miky. Imposible acercarse, a menos que lo matemos.

—Es un hermoso gato, señor. ¿Cómo están las cosas? Hola, capitán.

—Hola, Romano. Su jefe le explicará esto.

—Bien. ¿Se supone que el gato ha matado a..., a quien sea que esté bajo esa manta?

—Te lo explicaré de la A a la Z, y así estaremos todos enterados. La señora Wilson —señaló a la mujer de sesenta años— es el ama de

llaves de la víctima, cuyo nombre es Orville Somerland. La señora Wilson salió poco después de anoecer, como siempre, en busca del periódico para el señor Somerland...

—Si lo compraba todos los días..., ¿por qué no se había suscrito? —interrumpió Romano.

—Era un hombre... raro. Pero sigamos con esto. Luego ya hablaremos de todo un poco. La señora Wilson regresó con el periódico, vino al *living* y se encontró al señor Somerland tendido en el suelo, y la silla de ruedas volcada. Pensando que se había caído, se apresuró a acercarse, muy asustada porque el señor Somerland parecía muerto... Y lo estaba. Pero de un modo horrible, Miky: tenía..., tiene la cara, el cuello, las manos, el pecho..., todo, lleno de profundos arañazos y feroces dentelladas. Un espectáculo terrible... Al verlo, la señora Wilson empezó a gritar, aterrada, lanzándose ciega de miedo hacia el jardín... Seguramente se habría lastimado de no intervenir el señor Penbroke —se refería al apuesto individuo ataviado con pijama y batín—, el cual saltó la verja de separación entre esta villa y la vecina, que él ocupa, y pudo detenerla y calmarla. Mejor o peor, la señora Wilson le explicó al señor Penbroke lo que había visto, y el señor Penbroke decidió que lo mejor que podían hacer era llamar a la policía. Y así lo hicieron. Cuando el capitán Blandford llegó, entró al *living*, examinó el cadáver y ordenó a uno de sus hombres que, de momento, lo cubriese con una manta...

—¿No estaba el gato entonces?

—Sí... En un rincón, bufando como una fiera, pero sin adelantarse, manchado de sangre.

—Bien... —Romano se rascó la coronilla—. Me pregunto qué tiene que hacer el FBI en este asunto, señor.

Mulberry apenas pudo contener una sonrisa irónica.

—El capitán Brandford, en principio, decidió considerar la muerte de Orville Somerland como un... asesinato con mutilación criminal.

Miky Romano quedó estupefacto.

—¿Cómo dice, señor?

—Bueno... Parece ser que Orville Somerland no contaba con muchas simpatías en ningún sitio. Un hombre muy especial que vivía aquí poco menos que pobremente, siempre solo, postrado en

un sillón de ruedas debido a una parálisis en ambas piernas. Digamos que Orville Somerland tenía... algunos enemigos por causas económicas. Era un... una especie de pozo sin fondo para el dinero. Con tal de tener más y más, nada le importaba. Se dice que hizo algunas cosas que no eran buenas, precisamente.

—Pero ¿qué tiene que ver todo eso...?

—El capitán Brandford pensó que alguien podía haberlo asesinado y que, de algún modo, se las había arreglado para que pareciese que el gato era culpable.

—¿Acaso tiene alguna herida de bala, de cuchillo... o cualquier otra que indique...?

—No hemos podido verlo. El capitán vio tanta sangre sobre el cadáver, que decidió no tocarlo y esperar al forense. Y ahí tenemos al doctor Pough, forense de la policía, que no se atreve a acercarse al cadáver... Yo tampoco me atrevería.

—Bien, pero suponiendo que tuviese alguna otra herida, diferente a las producidas por el gato, ¿qué tenemos que ver nosotros? Sería un simple crimen, ¿no?

—No tan simple. Si, tal como sospecha el capitán Blandford, alguien ha hecho una jugada... diabólica, podríamos pensar que mató de algún modo a Orville Somerland, le infirió todas esas heridas con cualquier clase de arma o instrumento, quizá, manchó al gato de sangre..., y tiene la esperanza de que consideraremos asesino al gato. Si esta... teoría del capitán Blandford tuviese alguna base una vez examinado detenidamente el cadáver, la cosa podría definirse así: asesinato con mutilación premeditada.

—Y entonces —musitó Romano— sería cosa nuestra, ¿no es eso?

—Sí. Aparte, el caso es tan... insólito que Blandford me llamó para que lo viese, simplemente. Y como es un caso en el que supongo habrá muy poco trabajo, llamé a casa de su novia al agente que dentro de tres días se irá de vacaciones y luna de miel.

—Bueno —casi sonrió Miky—, espero que esto no dure ni siquiera tres días, señor. ¿Me endosa el asunto?

—Alguien ha de hacer informes, ir de acá para allá... No voy a colocar en esto a un agente que estará todavía en funcionamiento dentro de tres días. Un caso corto, de trámite, para un futuro turista. ¿Estás de acuerdo?

—Completamente. Habría sido una jugada por su parte meterme

en uno de esos asuntos que duran un par de semanas, señor.

—Soy muy considerado.

—Oh, sí... Bueno, creo que lo primero que tendríamos que hacer es apartar de ahí a ese gato y examinar el cadáver, en busca de esa teoría del capitán Blandford.

Éste soltó un gruñido hosco.

—Supongo que les parece una tontería. Pero a mí, no. Somerland no era buena persona. Alguien puede haber tramado su muerte.

—Pues ha tenido que ser alguien en verdad diabólico e implacable, capitán —apuntó Romano—. Hace falta mucho odio y mucha sangre fría para matar a un hombre y luego dedicarse a darle cuchilladas o arañazos con algo para que parezca que lo ha hecho un gato... ¿Tiene usted el periódico que fue a comprar, señora Wilson?

—Lo..., lo dejé caer... Ahí está...

Romano lo recogió, le echó un vistazo y lo dejó sobre un sillón. Había dos ventanas en el *living*, que daban al jardín. Una de ellas era muy grande; la otra, más pequeña, hacia la izquierda, casi tocando un lado del porche de la casa... Romano las abrió las dos y miró al exterior. Sacó un bolígrafo, apretó el resorte y apareció una delgada raya de luz, con la que fue examinando el suelo cerca de las ventanas. Cerró éstas, fue hacia la puerta, examinó el pomo y la cerradura, salió del *living* y regresó medio minuto más tarde.

—¿Lo encontró todo igual que lo había dejado al marchar, señora Wilson?

—Sí... Sí, señor, creo que sí...

Romano miraba fijamente aquellos ojos oscuros, el rostro seco, las manos arrugadas... No le gustaba aquella mujer. Parecía la clásica ama de llaves de un castillo de los horrores; esa clase de ama de llaves que luego resulta que ha envenenado al señor del castillo.

—¿Cuánto rato estuvo fuera?

—No sé... Diez minutos, supongo... Es lo que siempre tardo, más o menos.

—¿Dónde estaba el gato cuando usted entró en el *living*?

—No..., no lo sé... Ni siquiera me fijé. Al ver al señor Somerland en el suelo...

—Claro. Entiendo. Se asustó al verlo en el suelo, y luego aún se

asustó más al verlo lleno de sangre y zarpazos... Afortunadamente, el señor Penbroke acudió en su ayuda.

Se quedó mirando al apuesto individuo en batín y pijama, el cual sonrió, inclinando la cabeza.

—Morton Penbroke... —dijo—. Y cualquiera habría hecho lo mismo, supongo.

—Es de esperar. Pero no todos lo habrían hecho con su agilidad y rapidez, señor Penbroke. He mirado esa verja hace un minuto... No es fácil saltarla. De donde deduzco que usted es extremadamente ágil.

—No tengo más remedio, si quiero seguir trabajando.

—¿A qué se dedica?

—Soy profesor de tenis en clubs particulares.

—Ah... Bonita profesión. ¿Cuánto hacía que conocía usted al señor Somerland?

—¿Conocerlo? Jamás lo había visto.

—¿Es usted nuevo aquí?

—Yo diría que no demasiado. Llevo tres meses siendo vecino del señor Somerland. Pero jamás lo he visto. A la señora Wilson sí la he visto algunas veces, incluso nos hemos saludado... Pero eso es todo. No tengo mucho tiempo libre... Precisamente estaba leyendo cuando oí los gritos... Me sobresalté, la vi por entre los árboles, corriendo, y temí que pudiera lastimarse. Espero que no van a acusarme de... allanamiento de morada, o algo así.

Quedó sonriente, mirando uno a uno a los investigadores del caso.

—Por supuesto que no —aclaró en seguida Romano—. ¿Trabaja usted en New Haven? ¿En qué club está contratado?

—En el Park Tennis Club... Pero no de aquí, de New Haven, sino de Nueva York.

—¿Trabaja en Nueva York y vive aquí, señor Penbroke?

—Ya le digo que me gusta la tranquilidad. Mmm... No quisiera parecerles presuntuoso o algo parecido, pero en Nueva York, donde ya llevaba tres meses viviendo en un apartamento alquilado, las cosas se estaban poniendo... desagradables.

—¿Desagradables? —musitó Miky Romano.

—Bueno... Algunas señoras que acuden a aprender a jugar al tenis, pues... tienen luego tiempo disponible para... entrevistas no

deportivas. No sé si me entienden...

—Oh, sí... Sí, señor Penbroke, le entendemos bien. Y usted no es mal parecido, precisamente.

—Todo cansa... —suspiró Penbroke—. Llevaba ya tres meses en Nueva York, y mi apartamento lo conocían ya demasiadas damas. Decidí no exagerar y me vine a vivir aquí. Al fin y al cabo, sólo hay sesenta millas escasas de Nueva York a New Haven. Y estoy aquí mucho más tranquilo. No podía permanecer tres meses más en Nueva York, con tantas damas aficionadas a las entrevistas particulares.

—Ya veo... Una actitud y una... retirada muy razonables, según parece. Mmm... Señor Penbroke, entiendo que finaliza usted su contrato con el Park Tennis Club por estos días.

—Afortunadamente. El contrato era de seis meses... Y..., si ustedes no se oponen, saldré mañana o pasado hacia Flamingo, en Florida.

—¿Otro contrato?

—Desde luego.

—¿Se gana usted bien la vida, señor Penbroke?

—Pues... no puedo quejarme —sonrió el tenista—. La verdad es que no puedo quejarme. Viajo mucho, tengo un auto formidable, me pagan bien...

—Será cuestión de meterse a profesor de tenis —sonrió Romano—. Supongo que no tenía usted ninguna clase de relación con el señor Somerland.

—Sin querer parecer cruel, le diré que el señor Somerland no me interesaba. Difícilmente habría podido ser cliente mío.

—Es cierto. Bien, señor Penbroke, estudiaremos el caso esta noche, y mañana le diremos si le necesitaremos o no para alguna declaración.

—Le ruego... Bueno, tengo que estar en Flamingo dentro de cinco días, y...

—No le perjudicaremos, descuide. Eso es todo, señor Penbroke.

—Si me necesitan, estaré en mi casa, al lado.

—Muchas gracias. Ah, por favor: regrese a ella por un camino... normal.

—Lo haré —sonrió Penbroke—. Buenas noches a todos. Si necesitase algo, señor Wilson, no dude en llamarme.

—Gracias, señor Penbroke...

—Adiós.

—Adiós, señor Penbroke. Oh, sea discreto, se lo ruego.

—Ya le he dicho que me gusta la tranquilidad.

Morton Penbroke salió del *living* y, asomándose a una ventana muy discretamente, Romano lo vio salir luego de la casa, dirigiéndose hacia la salida de la villa.

—Bien... Acabada la rutina interrogatoria sobre el señor Penbroke, creo que tenemos que buscar algún medio para apartar de ahí a ese minino gigante... Otra pregunta aún, señora Wilson: ¿sabe usted de alguien que se beneficie de la muerte del señor Somerland?

—Sus herederos, supongo.

—¿Tiene herederos? —Alzó las cejas Romano.

—Tres sobrinos. Bueno, dos sobrinos y una sobrina.

—¿Viven en la casa?

—¡No!

—¿Por qué ese «no» tan... rotundo, señora Wilson?

—Se odiaban mutuamente... o poco menos. De todos modos, ellos eran mejores que él.

—¿Los sobrinos?

—Sí... En el fondo son buenos chicos.

—En el fondo... ¿No era bueno el señor Somerland... en el fondo?

—Algunas veces parecía una buena persona. Siempre estaba despotricando contra ellos, pero no me extrañaría que, en definitiva, los hubiese nombrado sus herederos.

—¿Tenía mucho dinero el señor Somerland?

—Oh, no sé... Pero estoy segura que..., que más de un millón de dólares.

Miky Romano quedó una vez más estupefacto.

—¿De veras? —musitó; miró a su alrededor y encogió los hombros—. Bueno, todo es posible. Hay gente rara. ¿Dónde viven los sobrinos del señor Somerland?

—Los tres en Nueva York.

—¿Juntos?

—No, no... No hay muchas simpatías entre ellos.

—¿Qué clase de gente son?

—Pues... viven su vida. La única que parece un poco más... juiciosa es Lavinia. Lavinia Roberts. Es hija de una hermana del señor Somerland y trabaja de enfermera en Nueva York. Es una buena chica... No hace mucho quiso venirse aquí, para cuidar a su tío, pero no resistió ni dos semanas.

—¿Por culpa de él?

—¡Desde luego!

—Un hombre difícil... ¿Cómo podía... soportarlo usted, señora Wilson?

—Tengo más paciencia que los jóvenes. Además, no le hacía demasiado caso. Y él no se portaba mal conmigo. De todos modos, a mi edad, no habría sido muy fácil encontrar otra cosa conveniente.

—Claro... ¿Sabe usted las direcciones y nombres de esos tres sobrinos en Nueva York?

—Sí, señor.

—Magnífico. Déselas, por favor, a mi compañero. Y será mejor que se retire.

El ama de llaves miró hacia el gato, que parecía un poco más calmado y se había sentado blandamente junto al bulto cubierto por la manta.

—¿Van a..., a matar a «Aladino»?

—¿Se llama «Aladino» el bicho? —sonrió Romano.

—Sí, señor... Yo... estoy segura de que no ha sido él.

Romano cambió una velocísima mirada con el inspector Mulberry y el capitán Blandford.

—¿Está segura de que no ha sido él? ¿Cómo debemos entender eso, señora Wilson?

—«Aladino» es tan bueno, tan cariñoso... Hacía ya cuatro años que el señor Somerland lo tenía. Le gustaban muchos los gatos. Cuando compró a «Aladino» quedó muy satisfecho de la compra. Dijo que era auténtico de Angora... O sea, que no había nacido aquí de padres de Angora, sino de allá mismo, de pura raza. Se querían mucho los dos.

—¿El señor Somerland y «Aladino»?

—Sí.

—¿Usted realmente, está... sorprendida de que «Aladino» haya hecho eso con su amo?

—¿Sorprendida? ¡Ni siquiera lo creo!

Miky Romano se quedó mirando unos segundos a la mujer, fruncido el ceño. Luego desvió la mirada hacia el magnífico y majestuoso «Aladino», que permanecía inmóvil, mirando hacia ellos, como impávido. Sólo de cuando en cuando su cola sufría una sacudida, estirándose como si recibiera una descarga eléctrica.

—Bien... Habrá que avisar a los sobrinos del señor Somerland. ¿Se encarga usted de eso, señor?

—De acuerdo —aceptó Mulberry—. ¿Se te ocurre cómo sacar de ahí a ese gato?

—Intentaremos algo... Por favor, señora Wilson, vaya a su habitación.

—¿Lo matarán? —insistió la mujer, claramente apesadumbrada.

—Haremos lo posible por evitarlo. Pero comprenda que las investigaciones de un caso como el presente no pueden detenerse por un gato..., por muy auténtico de Angora que sea.

Rose Wilson dirigió una última mirada a «Aladino» y salió del *living*, acompañada del agente especial del FBI que en principio había acudido a la villa acompañando a Mulberry.

Miky Romano se volvió de nuevo hacia el gato, pensativo... Se rascó la coronilla.

—Bueno... Empezaremos con amabilidad, a ver qué pasa... Fssst, minino... Minino... Ven... Ven acá, mínimo...

Se fue acercando, mientras Mulberry sacaba la pistola y se ladeaba, buscando un claro ángulo de tiro. Con un animal de aquella potencia clarísima, de gigantesca envergadura, no podían confiarse. Realmente, el gato podía fácilmente convertirse en una fiera peligrosísima.

—Hola, «Aladino»... Hola, simpático... ¿Qué tal, eh? ¿Quieres que te rasque las orejas? Ven, simpático, ven...

Pero era él, Romano, quien se iba acercando al gato, que lo miraba impávido, con los ojos como bolas de cristal verde y rojo a la vez. Hubo un destello más brillante en aquellos extraordinarios ojos cuando la mano derecha de Miky Romano se cernió sobre la gorda cabezota peluda, como acolchada, magnífica. Mulberry pareció a punto de decir algo, pero comprendió que en aquellos momentos quizá lo peor que podía hacer era hablar.

La mano derecha de Romano se posó amablemente sobre la cabezota de «Aladino», que cerró los ojos un instante y estiró el

cuello. Los dedos del

G-man

rascaron muy suavemente tras las orejas del felino, que volvió a cerrar los ojos y dijo:

«Maoaoao...».

Romano deslizó la mano por el peludo lomo, y «Aladino» correspondió a la caricia estirándose, curvándose placenteramente, soltando un largo maullido tremolante, que hizo sonreír al G-man.

—Guarde la pistola, señor. Parece que Aladino y yo seremos buenos amigos.

El gato movía la cabeza, deseoso lo que aquella mano grande y fuerte volviera a ella. Romano rascó de nuevo detrás de las orejas, y el gato ladeó la cabeza, lo miró y dijo:

«Míaiuuu...».

—¿No es fantástico? —rió el federal—. ¡Me lo he metido en el bolsillo! ¿Quieres venir conmigo, «Aladino»? Vamos, vamos... Ven con tu buen amigo Miky... Eso es... Así... Demonios, pesas como un elefante, «Aladino»...

Se puso en pie, con el gato en los brazos, sin importarle las finas rayas de sangre que los pelos del animal dejaban en su chaqueta. «Aladino», evidentemente, se encontraba del todo feliz en brazos del federal, que parecía no poco perplejo.

—¿Qué opinan de esto? —musitó—. Quizá debí dedicarme a domador.

—Has perdido un gran futuro... —comentó Mulberry—. ¿Qué tal si sacas a ese bicho de aquí, para que todos podamos trabajar?

—Sospecho que eso sería más difícil. Me pondré en un rincón, y veremos si permanece quieto conmigo mientras ustedes toman huellas y demás. Adelante. ¿Verdad que estarás quietecito, «Aladino»?

El gato dijo «miau» y no se alteró cuando Romano se fue a un rincón del *living*, llevándolo en brazos.

—Parece que la señora Wilson tenía razón... Es manso y cariñoso... Y hasta simpático. Sí, hombre, sí, a ti te lo digo... Eres un gato muy simpático, «Aladino». Y muy grande, y muy fuerte... Y muy manso. O lo pareces... ¿Has sido tú quien ha hecho... eso?

Con la última palabra, Miky Romano se atragantó, porque el

forense había destapado el cadáver, que apareció en todo su horror ante los ojos del G-man.

En verdad que era espantoso el aspecto del cadáver de Orville Somerland.

—¿Qué te pudo hacer ese hombre, «Aladino»...? ¿Qué intentó hacerte para que lo dejases... así?

«¡Miau...!».

CAPÍTULO III

Un colapso, simplemente.

Y otra vez Miky Romano quedó asombrado, casi estupefacto.

—¿Un colapso? —repitió tontamente.

—Así es... —Insitió el forense—. El gato no lo mató... por sí mismo. Quiero decir que sus dentelladas y zarpazos, a pesar de lo... espectacular del caso, jamás pudieron ser suficientes para matar a un hombre.

—¿Ni siquiera siendo un enfermo paralítico?

—Ni siquiera así. En general, esos zarpazos y dentelladas son profundos, pero parece que la víctima supo defender sus puntos vulnerables con las manos y los brazos. De ahí que sus manos y antebrazos estén más lastimados que las demás partes de la parte superior de su cuerpo.

—Bien... En definitiva, doctor, ¿cuál es su diagnóstico?

—Un colapso.

—Sí, pero...

El doctor Pough alzó una mano, y Romano cerró la boca. Se quedó mirando al forense, que sacó de algún escondite bajo su bata blanca una simpática cachimba de ámbar. Y como una de las cosas que enseñan en el FBI se llama «paciencia», Romano esperó a que el médico encendiese la cachimba, dándose perfecta cuenta de que el hombre estaba en verdad intrigado. Por lo menos, tanto como el mismo Romano.

—Hay una explicación muy lógica para ese colapso —dijo al fin Pough, echando un grueso chorro de humo—. Al menos, desde mi punto de vista profesional. Mmm... Yo diría que el señor Somerland sufrió ese colapso en un momento de gran terror. Recabé al colega que lo atendía, y está de acuerdo conmigo. En general, los paralíticos suelen ser personas cuyo corazón no es precisamente de roca. Un... sobresalto de esa envergadura puede producirles el

colapso.

—¿De qué envergadura?

—Pues de un gato o varios gatos saltando contra él, locos de furia.

—¿Có-cómo dice..., dice usted...?

—Póngase en el lugar de la víctima, muchacho. Usted está sentado en un sillón, inválido. No puede moverse. No puede pelear ni, mucho menos, huir. Y en esas circunstancias es atacado por uno o varios gatos furiosos...

—¡Por todos los demonios, doctor...! ¿Qué está tratando de decirme? Si lo interpreto bien, usted está sugiriendo que a Orville Somerland lo atacaron varios gatos...

—¿Le parece descabellado?

—No me gusta perder el tiempo —gruñó Miky—. Así que si tiene algo serio e importante que decir, hágalo de una vez. Son las tres y media de la mañana, señor mío, y hasta los esclavos del FBI acostumbramos tener sueño a estas horas.

—De acuerdo. Venga conmigo.

—¿Adónde?

—Al refrigerador —sonrió el forense.

Y echó a andar. Llegaron los dos a la cámara fría de la Morgue, y Pough dejó su pipa afuera. Entró, siempre seguido de Romano, y se dirigió a uno de los compartimentos frigoríficos. Tiró del asa, y el cajón salió junto con un hálito helado que estremeció al federal.

El forense alzó el sudario que cubría el desnudo cuerpo de Orville Somerland que, tras la autopsia, estaba en verdad sobrecogedor.

—He intentado dejarlo lo más presentable posible —informó rutinariamente Pough—. Si bien espero que usted comprenda que después de lo que le ocurrió, y habiendo sufrido una autopsia, su aspecto no puede ser hermoso, porque...

—Ahorre detalles —musitó Romano, débilmente—. Sé lo que es una autopsia.

—Muy bien. Pero, muchacho, si quiere seguir trabajando en este caso, tendrá que mirar lo que ha quedado del cadáver... O sea, lo que hemos dejado los gatos y yo.

—Doctor, por favor...

—Vamos a centrar nuestra máxima atención en el pecho de la

víctima, porque es donde están las heridas reveladoras. Pero, antes, insistiré con toda mi fuerza profesional, en que el señor Somerland ha muerto víctima de un colapso... brutal, producido por un miedo espantoso, por un terror que pocos hombres, incluso estando sanos, podríamos soportar. ¿Entendido?

—Sí.

—Okay. Veamos ahora las heridas de éste... Oh, todavía otra cosa... Usted tuvo la astucia de conseguir unos pelos de «Aladino» manchados de sangre, ¿recuerda?

—Claro.

—Esos pelos... Es decir, la sangre que había en esos pelos, corresponde a la víctima... sin lugar a duda. Así lo indican mis colaboradores analistas. Me refiero, claro está, a la sangre que había en el pelaje de «Aladino», no a la que había en las garras del animalito.

—La sangre que había en las garras de «Aladino»... ¿no corresponde a Orville Somerland?

—No.

—Bien... ¿A quién corresponde?

—Parece que a otros gatos.

Miky Romano quedó, una vez más, estupefacto, atónito.

—¿A..., a otros... gatos...?

—Sí, señor. Ahora, por favor, observe las heridas del señor Somerland... Vea estas desgarraduras profundas en el pecho, en los brazos, en las manos... Apostaría mi prestigio profesional a que están... repartidas. Quiero decir que no todas las heridas han sido producidas por la misma zarpa. Digamos que..., igual que las personas, los gatos tienen diferentes... potencias musculares. Por ejemplo, si usted le pega un puñetazo a una persona, quizá incluso consiga matarla; si el puñetazo, a esa misma persona, se lo doy yo, lo más probable es que se eche a reír... ¿Lo entiende, Romano?

—Sí, sí, desde luego.

—Los gatos son iguales. Hay gatos que son... colosos. Y gatos cuya fuerza muscular es en verdad inferior. Pues bien; según interpreto yo por los diferentes zarpazos, al señor Somerland lo... atacaron no menos de tres gatos. Y ninguno de ellos era «Aladino».

—Usted... está bromeando...

—No, no, jovencito... Nada de eso. Ya le digo que apuesto mi

prestigio profesional. La sangre que hemos encontrado en el pecho y las patas delanteras de «Aladino» era de Orville Somerland; la sangre que había en las... enormes garras de «Aladino» era de otros gatos.

—¿Tres gatos... diferentes?

—Ésa es mi opinión. También es mi opinión que esos tres gatos atacaron al señor Somerland furiosamente; como consecuencia, «Aladino» intervino a su favor, peleando con esos tres gatos, hiriendo por lo menos a uno de ellos y manchándose, durante la pelea, con sangre de su querido amo.

—Pero... ¿de dónde salieron esos gatos? ¿Y cómo puede estar usted seguro de lo que dice?

—No sé de dónde salieron esos tres gatos... O cuatro, o cinco, o seis. En cuanto a la seguridad de mi... diagnóstico, observe atentamente las heridas. Las hay de una profundidad pavorosa; un gato grande, está claro. Las hay de profundidad mediana, lo cual nos delata a un gato corriente, vulgar, posiblemente de raza... callejera. Y ahora, observe estas otras... Son profundas, casi tanto como las del gato más fuerte. Pero tienen un detalle revelador... ¿Es usted capaz de verlo?

Haciendo de tripas corazón, Miky Romano estaba examinando las heridas que señalaba el forense. Estuvo dedicado a eso no menos de quince segundos, antes de musitar:

—Parece..., parece que una de esas zarpas tenía... una uña rota... ¿No es cierto?

—¡Magnífico, jovencito! Así es. Una de las estrías es aquí muy poco profunda, y ha causado más destrozo carnal. Y vea aquí —señaló otro punto del torso— otra marca del mismo estilo... Y aquí. Y aquí... En cambio, las demás no tienen esa... deficiencia. Eso, a mi juicio, indica la presencia, por lo menos, de dos gatos. Luego, la menor profundidad de algunos de los zarpazos me dice que intervinieron tres gatos... Y no me atrevo a decir más, pero quizá fueron hasta media docena de gatos. Ninguno de los cuales, insisto, era «Aladino».

Miky Romano se rascó furiosamente la nuca. Lo cual era tanto como dar a entender que las cosas no iban muy bien.

—¿Qué pasaría si resultase que «Aladino» tiene rota la uña de una de sus... manitas?

—Usted es amigo de él —sonrió secamente Pough—. Muéstreme esa pata de «Aladino» con una uña menos..., y yo me dedicaré a vender gomas de mascar a domicilio.

—Iré a comprobarlo. Mañana..., es decir esta misma mañana a una hora decente, volveré a la casa de Orville Somerland y comprobaré eso en las patas de «Aladino».

—Perderá el tiempo. Ese gato no intervino en..., en el crimen.

—Maldita sea... Adiós a mis vacaciones, adiós a mi boda, adiós a mi luna de miel... ¡Maldita sea!

CAPÍTULO IV

Estaba en la cama, en pijama, pero con menos sueño que un oso en verano cuando sonó el teléfono. Descolgó el auricular y, sin quitarse el cigarrillo de la boca, gruñó:

—¿Sí?

—¿...?

—¡Hortense! Oh, perdona, no..., no me acordé de llamarte...

—¿...?

—Sí... Lo siento... Ya sé que son las cuatro y media de la madrugada...

—...

—No debiste perder tanto tiempo llamándome cada cuarto de hora. Ya sabes que en mi trabajo el horario es una broma...

—¿...?

—No, no... Estoy bien, de verdad. Llegué hace poco.

—¿...?

—No... Nada importante...

—¿...?

—¿Mañana? Pues no sé... Es que tengo que ir temprano a la Delegación, y luego debo visitar la casa dónde..., donde sucedieron los hechos...

—¿...?

—Ya te contaré... Asombroso. ¿Cómo?

—¿...?

—No, no... Si puedo te visitaré por la tarde. Durante el día. Ya sabes que no me gusta que intervengas en mi trabajo...

—¿...?

—No, mujer, no... No es peligroso. Pero cada uno a lo suyo... Ya te contaré. Ahora, con tu permiso, dormiré unas horas... Te llamaré cuando tenga solucionado el asunto.

—¿...?

—¿Que si te quiero? ¡Te adoro! Buenas noches, amor.

CAPÍTULO V

Buenos días, jefe.

—Hola, Miky. Date prisa: nos están esperando en el muelle.

—¿Quién?

—Los muchachos. Por fin hemos localizado el sistema de introducción de drogas desde... ¿Qué te pasa?

—Lo del gato, señor. Lo de anoche.

—Ah... ¡Ah, sí! ¿Estuviste en la Morgue, por fin?

—Casi hasta las cuatro.

—Vaya... A eso le llamo yo trasnochar. ¿Y...?

—La cosa está complicada. Parece que fueron tres los...

La puerta del despacho de Mulberry se abrió, y dos hombres, altos, de rostro adusto, aparecieron en ella.

—Listos, señor. Tenemos cercado el muelle.

—En seguida, Julius... Ah, Miky, eso del gato... Síguelo tú solo. ¿O necesitas ayuda?

—No lo sé aún, señor. Sucede que...

—Tenemos los resultados de las investigaciones técnicas de Homicidios... En esta carpeta. Si no te satisfacen, recurre a nuestro Servicio, a ver si encuentran algo más. Que tomen huellas, fotos, olores, etcétera... Llamaré desde el coche ordenando que pongan a tu disposición personal. ¿Algo más?

—No, señor —masculó Romano.

—Pues hasta luego. ¡En marcha, Julius!

Salieron los tres hombres de la oficina de Mulberry. Romano se sentó en el sillón de su jefe, abrió la carpeta, y durante quince minutos se dedicó a examinar atentamente las fotografías, tanto de señales diversas como de huellas dactilares que, por supuesto, habían sido encontradas con profusión en el *living* y ventanas. Pero, al parecer, todas ellas correspondían al cadáver y a la señora Wilson, el ama de llaves...

—¡Bah!

Casi tiró la carpeta a un lado, se puso en pie y salió del despacho. Poco después se alejaba de la Delegación, hacia el 260 de Davenport Avenue.

CAPÍTULO VI

Buenos días, señora Wilson.

—Oh, señor..., señor...

—Romano, Miky Romano. ¿Está «Aladino» en casa?

—Sí... Sí, señor, claro, sí...

—Pues anúncieme.

—Sí, se... ¿Que lo..., lo anuncie...?

—Es una broma —masculló Miky—. ¿Nunca le han gastado una, señora Wilson?

—No, señor, no... «Aladino» está en el *living*. Le acomp...

—Iré solo. ¿Cómo van las cosas por aquí?

—Bien. Bueno, quiero decir que..., que no ha ocurrido nada..., nada que...

—Entiendo. Siga con lo que estaba haciendo. ¿Ha habido visitas, o llamadas telefónicas, o...?

—Nada, señor Romano.

—La avisaré si la necesito.

Se dirigió hacia el *living*, pensando que quizá debió dirigirse en primer lugar a visitar a los sobrinos del Orville Somerland, los cuales, al parecer, serían los herederos... ¿O no? La idea le dejó un poco perplejo. ¿Qué clase de persona habría sido, realmente, el señor Somerland? ¿De los que desheredan a sus sobrinos o de los que, a fin de cuentas, deciden que, buena o mala, su familia tiene derecho a más de un millón de dólares? Por supuesto, su próximo paso sería visitar a los parientes, a los sobrinos. Se disgustó consigo mismo cuando comprendió que ya debían haber sido avisados, y que, posiblemente a aquella hora, debían estar en la Morgue, identificando el cadáver...

«¡Miauuuu...!».

—¡Hola! —sonrió—. Muy buenos días, «Aladino»... Parece que me has reconocido, viejo amigo.

El gato estaba comodísimamente tendido en el sofá, y había alzado la cabeza tan sólo. Sus fantásticos ojos entre verdes, amarillos y rojos estaban fijos en el agente del FBI, que se acercó, se sentó al lado del felino y se dedicó a rascarle detrás de las orejas. Con lo cual, inmediatamente, se ganó la benevolencia del animal.

—Vamos a ver, «Aladino»... Tengo que mirarte las patas, ¿sabes? Y si una de ellas tiene una uña rota, te vamos a llevar a la silla eléctrica, o algo así. Pero si ninguna de tus uñas está rota, viejo amigos, me vas a meter en un... caso de lo más enigmático. ¿Me das una manita...? Eso es... Eres un buen chico... Veamos.

Apretó por el centro la garra de «Aladino», haciendo salir las afiladas y enormes uñas. Parecía que la zarpa fuese de terciopelo, pero cuando salieron los cinco sucedáneos de cuchillos, se estremeció un poco. Y se dijo que a partir de aquel momento tendría que respetar mucho a los gatos. Sobre todo, a los que tuvieran la envergadura y el peso del manso, cariñoso, y, casi, casi, sonriente «Aladino».

—Pues éstas están todas en perfecto estado, granuja... Veamos las demás.

Para mirar las cuatro patas del felino menor, Romano tuvo que ir rascándole la barriga, hablándole amigablemente, jugando con él... Y el resultado, sin lugar a dudas, fue éste: «Aladino» tenía las uñas de sus cuatro patas completamente intactas.

—Bien —se rascó la nunca—. Pues me has metido en un lío, viejo amigo. Apostaría algo a que no has desayunado. Arreglaremos eso...

Se fue a la cocina, cogió del refrigerador una botella de leche y un gran trozo de carne, se proveyó de un plato y regresó al living. «Aladino» olfateó inmediatamente aquello y lanzó un «miau» lleno de alegría, muy amistoso. Romano escanció la leche en el plato, dejó el trozo de carne en el suelo y se sentó en el sofá, del cual había saltado majestuosamente «Aladino», directo hacia su desayuno.

Y durante unos minutos, el

G-man

estuvo allí inmóvil, fijos sus ojos en el gato, que tras beber una buena cantidad de leche, se había dedicado con perfecto entusiasmo al trozo de carne, mirándole de cuando en cuando con verdadero

afecto. Ciertamente, «Aladino» resultaba un «muchacho» de buen carácter, muy diferente al que conociera la noche anterior, apenas llegar a la casa. Ya no erizaba el lomo, ni bufaba, ni parecía dispuesto a despedazar a cualquiera.

—Una cosa es segura —musitó el G-man

—: esto me lleva más de tres días... ¡Maldita sea mi suerte!

«Aladino» alzó la cabeza y se quedó mirándolo. Parecía el gato más pacífico y bonachón del mundo. Eso, aparte de tener un apetito de lo más envidiable.

Miky se acercó a una de las ventanas, la abrió y se dedicó a examinar atentamente el alféizar, y luego el suelo, al pie de aquél. De buena gana habría llamado al equipo de Huellas de la Delegación, pero no quería que nadie supiera que aquel caso tenía un interés especial... No, no, señor; no era conveniente.

Examinó la otra ventana, la pequeña. Frunció el ceño y estuvo así unos segundos. Luego, ni corto ni perezoso, saltó por la ventana, que distaba apenas cuatro pies del suelo, y se acuclilló, examinando éste detenidamente, con toda su atención. Allí no había huellas de gato, ni nada que se le pareciera. Pero quizá... Quizá había algunos huecos... Más bien unas pequeñas marcas blandas y lisas. Desde luego, no podían corresponder a las patas de unos gatos, ya que eran demasiado grandes para eso. Se incorporó y examinó de nuevo el alféizar, ahora desde el exterior.

Bien... Quizá fuera su imaginación, pero habría jurado que se veían allí algunas delgadas rayas limpias sobre el polvo... Pero no... No eran de uñas de gato, desde luego. Eran... superficiales, todas del mismo grosor, y describían unas curvas y giros que un gato jamás podría hacer.

—¡Demonio! —Se irritó.

Volvió a entrar en la casa, examinó aquellas señales desde el interior del *living* y luego volvió a sentarse en el sofá, encendiendo un cigarrillo. «Aladino» había terminado de comer, y se relamía más satisfecho que un millonario. Lo miraba fijamente, moviendo el rabo en cortas sacudidas nerviosas. Se incorporó, dijo «miau» y fue a sentarse en el sofá, junto a Romano, colocando la cabezota peluda en un muslo de éste, que se dedicó a rascarlo a conciencia, pero abstraído.

Y apenas dos minutos más tarde, una cabeza humana apareció por una de las ventanas. Una cabeza de cortos cabellos crespos, rebeldes, provista de unos simpáticos ojos azules.

—«Aladino»... —llamó el chiquillo—. «Aladino», ven aquí...

El gato alzó la cabezota y se quedó mirando hacia la ventana. Naturalmente, también Romano miraba allá, sorprendido. Se puso en pie y fue a la ventana. El niño, de unos ocho años, se quedó mirándolo sorprendido, desconcertado.

—Hola... —sonrió Romano—. ¿Qué tal, chico?

—Muy bien, señor... ¿Y usted?

—Estupendamente. ¿Eres amigo de «Aladino»?

—Sí, señor... Aunque debería castigarlo.

—¿A «Aladino»? ¿Por qué?

—El... tiene la culpa de todo.

—¿Qué es todo? —Se esforzó en continuar sonriendo el G-man.

—De todo lo que hace «Flower». Desde anoche no la he visto, y estoy seguro de que vino a ver a «Aladino». Ella es su novia, ¿sabe?

—Emmm... ¿La novia de «Aladino»?

—¡Claro!

—Ah... Entonces, «Flower» es... una gatita.

—¡Toma, claro!

—Claro... Bueno, pues me temo que no está aquí, chico. Tendrás que buscarla por otro sitio. Quizá «Flower» se haya buscado otro novio, ¿no crees?

—¡No, señor! ¡Desde luego que no! «Flower» no haría eso... Ella sólo quiere a «Aladino».

—Asombroso. Pero tendré que admitirlo. ¿Quieres que te ayude a buscarla?

—Yo creo... que no es necesario. Ya no la volveré a ver, estoy seguro...

El chiquillo parecía a punto de echarse a llorar, y Romano pensó que tenía que tomarse la cosa más en serio, en bien de la situación emocional del niño.

—No hay que ser pesimista, hombre. Ya verás cómo ella regresa a tu casa en cualquier momento... ¿Vives lejos de aquí?

—No, señor... Dos casas más arriba. Y sé que «Flower» no volverá.

—Hagamos una apuesta: medio dólar a que si vamos a tu casa, la gatita está allá... ¿No?

—No, señor. Ella no volverá. Se ha perdido, como los otros gatos.

Romano notó un ramalazo de frío en la espalda.

—¿Qué otros gatos?

—Los otros... Los de otros vecinos. Yo creí que estaría con «Aladino», pero si no está es que..., que...

Verdaderamente, el niño se iba a echar a llorar de un momento a otro. Romano saltó la ventana, le pasó un brazo por los hombros y se lo llevó hacia un banco, bajo el pleno sol tibio de la mañana otoñal.

—Vamos a ver, vamos a ver... ¿Te parece que es razonable tu actitud...?

—Es que... «Flower» ya no volverá... Y tiene cuatro gatitos que la están esperando...

—Eso es muy triste, chico... ¿Cómo te llamas?

—Billy Salters.

—Okay, Billy. Ahora, vamos a ver si yo he entendido esto: tu gatita no va a volver, y tú dices que eso mismo ha pasado con otros gatos de tus vecinos... ¿Es así?

—Sí, señor...

—Mmm... Entiendo, entonces, que a tus vecinos también les han desaparecido sus gatos.

—Sí... Pero hace días. Yo creí que «Flower» no se iría...

—Nunca te fíes de las féminas, Billy. ¿Cuántos días hace que desaparecieron los otros gatos?

—No sé... Ocho o diez... O doce...

—Doce días... ¿Y... cuántos han desaparecido?

—Tres... Sí, tres... El de la señora Ramson, el de la señora Kinkaid, el del señor Travis... Tres, sí, señor.

—¿Y... cuándo desapareció tu gatita?

—Anoche estaba en casa...

—¿Dentro de la casa?

—Sí, señor... Pero «Flower» podía salir cuando quisiera. Tenía una salida particular.

—Claro... Hombre, claro. ¿Qué tal los gatitos? ¿Cómo son?

—Se parecen mucho a «Aladino». Yo creí que «Flower» habría

venido a verlo... Pero si no está, es que ya no volverá...

—A ver: ¿todos esos gatos que han desaparecido... eran de vecinos tuyos? ¿Viven por aquí cerca?

—Sí, señor.

—¿Y no se ha vuelto a saber nada de los gatos?

—No. Y «Flower» tampoco volverá... ¿Dónde está el señor Somerland?

—Pues... se fue de viaje. ¿Tú lo conocías?

—¡Claro!

—¿Erais amigos?

El chiquillo vaciló.

—No..., no mucho...

—¿Por qué?

—Él no quería que «Flower» y «Aladino» fueran novios... Cada vez que veía a «Flower» entrar en su casa le tiraba algo... Un libro, un vaso, un zapato... Una vez le dio a «Flower» con un vaso en la cabeza, y yo me enfadé. Le dije que era..., que era un...

—No te detengas. Yo sí soy amigo tuyo. ¿Qué le dijiste?

—Que era un..., un inválido perverso.

—Esas cosas no se dicen, Billy... Claro que tampoco se deben tirar vasos a la cabeza de una gatita. ¿A cuántos amigos del señor Somerland conoces?

—¡No tiene amigos! Es un hombre... maleducado.

—Ah... Eso tampoco está bien. Hay que ser educado. ¿Conoces tú a la familia del señor Somerland?

—¿A sus sobrinos?

—Ajá.

—Los he visto algunas veces. Mamá dice...

Billy Salters enmudeció bruscamente y se sonrojó. Romano simuló no darse cuenta de ello. Sacó un chicle, lo partió por la mitad y dio una al niño, indiferente.

—¿Qué dice tu mamá?

—Dice que son gente de mal vivir. Bueno, ella no...

—¿Te refieres a Lavinia, la sobrina del señor Somerland?

—Sí, señor. Ella estuvo aquí no hace mucho, durante unos días, para cuidar a su tío. Un día se fue... Ni siquiera se despidió de mí, y eso que éramos buenos amigos. A ella sí le gustaba «Flower» como novia de «Aladino»... Mamá dice que..., que se fue muy enfadada.

—¿Y los otros dos sobrinos no vienen?

—Muy pocas veces. Mamá dice...

—Oh, vamos, amigo, ¿no tienes confianza en mí?

Billy se quedó mirando aquella simpática sonrisa del estupendo tipo al que le gustaba hablar de gatos, y de todo.

—Mamá dice que no vienen porque el señor Somerland ya no quiere darles más dinero.

—Entiendo. ¿Quieres que hagamos tú y yo una cosa, Billy?

—¿Qué cosa?

—Nos vamos a dedicar a buscar la pista de esos gatos perdidos. Incluyendo a «Flower», naturalmente. Pero fíjate bien: será un secreto entre nosotros. Nadie, absolutamente nadie, tiene que saberlo. Mmm... Yo tengo algo que hacer ahora, de modo que tú empezarás la batida. ¿Vale?

—¿Qué tengo que hacer?

—Pues verás... Faltan cuatro gatos en este vecindario, ¿no es así? Pues los buscaremos. Pero con discreción. Imagínate que somos espías buscando una pista. Todo lo que tenemos que hacer, sin decírselo a nadie, es investigar por todas partes, buscando huellas, pelos de gato, arañazos en el suelo o los árboles, excrementos... ¿Qué te parece? Y si encontramos algo, sólo entre nosotros podremos comentarlo. Sólo entre nosotros, Billy. ¿Estás de acuerdo?

—¡Sí, señor! ¿Por dónde empiezo?

—Pues tú sabrás... ¿Qué tal si lo haces por la casas a cuyos dueños les gustasen los gatos?

—Pero allí no habrá gatos... Si les gustaban, ya tenían uno, y si ahora les ha desaparecido, pues no creo que estén allí.

—Eres un espía formidable. Entonces, busca por todas las demás casas. O quizá te enteres de alguien que andaba por aquí persiguiendo gatos, o cosas así. A lo mejor es alguien que nos está gastando una broma, y tiene escondida a «Flower».

—No me gusta esa broma.

—Las bromas no siempre gustan a todos. Por eso son bromas... Ya puedes empezar cuando quieras.

—Si me entero de algo, ¿vengo a decírselo aquí?

—No. ¿Cuál es tu casa? ¿Qué número?

—Doscientos ochenta y dos.

—Pues yo me pondré en contacto contigo. Y no lo olvides: esto

es un servicio de espionaje. «Top secret». ¿De acuerdo, Billy?

—Sí, señor... ¡Es divertido!

El niño se alejó, y Romano volvió a entrar en la casa, utilizando la ventana. «Aladino» lo miraba impasible, todavía relamiéndose los bigotes. Y de nuevo se sentó Romano en el sofá, masticando pensativamente el medio chicle.

Por fin, alzó el auricular del teléfono, marcó el número de la Delegación y dijo:

—Soy Romano. Quiero que me localicéis a Regan, esté donde esté. Que me llame a la casa de «Aladino»...

—¿...?

—El entenderá. Que me llame lo antes posible a la casa de «Aladino», Quiero que me dé unas direcciones.

Colgó y siguió masticando el chicle. Por supuesto, podía preguntárselas nuevamente a Rose Wilson, el ama de llaves: pero no quiso hacerlo. Ni él mismo encontró una respuesta satisfactoria a esto, pero no quiso hacerlo.

Regan lo llamó casi a las doce del mediodía. Le dio las direcciones y nombres de los tres sobrinos de Somerland y acabó:

—Pero se ha recibido aquí una llamada de Blandford diciendo que los tres sobrinos han llegado a New Haven; se han presentado en el Police Department, y él ha puesto un detective a disposición de los tres para que los llevase a la Morgue, a ver a la víctima. A identificarla.

—Tarea desagradable —musitó Romano—. ¿Cómo ha ido el asunto del muelle?

—¡Bien! Ya te enterarás cuando vengas por aquí. No son cosas para comentar por la línea telefónica pública.

—Seguro que no. Hasta luego.

—¿Vas a la Morgue?

—Claro.

—¿Qué nombres son? —preguntó el empleado de la Morgue.

Miky no tuvo necesidad de mirar su libreta de notas para indicarlos:

—Lavinia Roberts, Gerard Langley y Stanley Somerland.

—Ah, sí —el empleado señaló con un dedo una parte del libro de visitantes—. Aquí están. Llegaron con un detective de

Homicidios llamado Leeper. Pero ya se fueron.

El

G-man

hizo un gesto de disgusto.

—Vaya... ¿Identificaron el cadáver?

—Desde luego. Aquí se ven cosas curiosas...

—¿Qué cosas?

—La menos impresionada era la chica. En cambio, los dos hombres parecían a punto de desmayarse. Estaban pálidos, mareados... Para que luego hagamos caso de eso del «sexo débil».

—Eso es una broma —sonrió a medias Miky—. De todos modos, la chica es enfermera, así que parece lógico que soporte mejor cosas de..., de esta clase.

—Sin duda. Ahora lo comprendo mejor. ¿Ése...?

La puerta de la recepción de la Morgue se abrió, y una cabeza rubia, con unos menudos ojos grises, astutos, asomó por un lado.

—Miky, ¿me estás buscando?

—Hola, Leeper. Pues no a ti precisamente, sino...

—Te he visto llegar. ¿Buscas a los sobrinos?

—Sí, claro. Me gustaría charlar con ellos.

—Se fueron. Ven, salgamos de aquí... ¡Brrr!

Romano se despidió con un gesto del empleado de la Morgue y se reunió en el pasillo con el detective Leeper.

—Estaba charlando con un amigo, y te vi por una ventana. Como ya no tengo nada más que decirle a ese amigo..., ¿qué tal si salimos de este lugar? Nunca me acostumbraré a él. Una vez, tres golfos asaltaron a una anciana, en su domicilio, para robarle unos dólares... Tres chicos jóvenes, de esos que fuman «jujú», toman cualquier droga y siempre llevan una navaja en el bolsillo. Tendrías que haber visto a la pobre anciana, cómo quedó porque ellos se enfadaron cuando se negó a darles el dinero... ¿Sabes qué dijeron luego?

—Ya tengo bastantes casos amargos en el FBI —gruñó Romano—. ¿Qué dijeron?

—Que, de todos modos, ya estaba vieja, y se iba a morir de un día a otro.

—Es una delicia... ¿Sabes adónde han ido los tres sobrinos?

—Seguro que sí: a ver al notario de su tío. Un tal Wayne

Hartwell, setecientos doce de Chapel Street. ¿Aún no conoces a esos tres chicos?

—No. ¿Cómo han tomado la noticia?

—Pues eso no lo sé, porque no estaba presente cuando se enteraron. Pero apostarí mis dos brazos, las piernas y el cogote a que han sentido esa muerte igual que la de una pulga.

—Entiendo. ¿Cómo son?

—Mmm... Raros.

—¿Raros?

—Ella es muy bonita. La chica, Lavinia Roberts... Muy bonita, pero seca y fría como el hielo artificial. Me extrañaría mucho que algo la alterase. Los muchachos son más... normales, podríamos decir. Uno de ellos, sobre todo, es un chico simpático, aunque algo desaliñado. Parece que nada le importa demasiado. Me refiero al llamado Stanley Somerland...

—Ése debe ser hijo de un hermano del difunto. Los otros serán, claro, hijos de hermanas. ¿Cómo es el último, Gerard Langley?

—Un gángster.

—¿Un qué? —Respingó Romano.

—Bueno, algo así... Viste muy bien, tiene un buen auto, es algo jactancioso... No me extrañaría nada que llevase unos negocios poco claros. Apostaría algo a que tiene antecedentes. Es el clásico vividor granuja, capaz de cualquier negocio sucio... Sí... Apostaría algo.

—Vaya, Leeper, progresas mucho en Psicología.

—Hay que ponerse a la altura del FBI —sonrió el detective de Homicidios—. Quizá sería bueno que vieses a mi jefe, Miky. Está esperando saber algo de ti, para tomar o dejar el caso de una vez.

—Ya le diré algo. Ahora quisiera ver a esos sobrinos, de modo que iré a casa del notario, el señor Hartwell. De paso, veré a una chica bonita.

—Pero fría, fría, fría... Demonios, es una lástima, tan bonita y tan áspere. ¿Qué crees que pasó cuando los acompañé hasta aquí, en la misma puerta de la Morgue?

—¿Qué pasó?

—Pues Gerard Langley le dijo que la llevaría en su coche, y ella le dijo que no quería estar con él ni en el Paraíso. Y se fue a buscar un taxi.

—Eso sólo indica que no se estiman mucho. ¿Qué hizo el otro, Stanley Somerland?

—Ah, pues nada... Aceptó encantado ir en el coche de su primo. Es uno de esos muchachos que todo les va bien. De esos que gustan a las mujeres.

—Eso es una suerte —sonrió Romano—. Hasta la vista, Leeper.

—Adiós, hombre.

CAPÍTULO VII

Wayne Hartwell, el notario del difunto Orville Somerland recibió a Romano en su despacho, donde fue introducido por una doncella muy pecosa y sonriente. El agente del FBI le mostró la placa, Hartwell asintió con la cabeza y señaló uno de los sillones.

—¿En qué puedo servirle? —inquirió amablemente.

—Pues... Bien, la verdad es que venía dispuesto a conocer a los sobrinos del señor Somerland. Entiendo que usted es su notario, me dijeron que ellos venían hacia aquí... ¿No han llegado aún?

—Se marcharon ya.

El

G-man

quedó boquiabierto.

—¿Ya? Pero si apenas me llevaban diez minutos de ventaja...

—Fue una entrevista breve y un tanto... seca. Usted ya habrá adivinado que venían a enterarse del contenido del testamento de Orville Somerland.

—Sí... Es natural. ¿Pasó algo... especial?

—¿Especial? No. Simplemente, me pidieron que les informase del contenido del testamento, y tuve que negarme. Orville Somerland dispuso que debería ser leído tres días después de su muerte. Por tanto, ni ellos ni nadie podrán saber nada hasta entonces.

—Desde luego. ¿Les disgustó su negativa, señor Hartwell?

—Más bien sí.

—¿A todos? ¿A los tres?

—A los hombres especialmente. Lavinia Roberts llegó un par de minutos más tarde, se enteró de mi negativa y lo aceptó como si no le importase lo más mínimo esperar... Ni la herencia. Lo que trato de decirle es que fue más razonable. El más irritado fue Gerard Langley. En cuanto a Stanley Somerland, insistió un poco, pero

acabó por sonreír y decirme que ya nos veríamos dentro de tres días.

—¿Han regresado a Nueva York?

—No, no... Se refería para el asunto del testamento. Pero esta tarde, por supuesto, espero que nos veremos en el entierro.

—¿Ellos irán?

—Lo contrario sería muy poco... admisible, ¿no le parece?

—Claro. ¿No sabe adónde han ido ahora?

Wayne Hartwell alzó las manos.

—Cualquiera sabe. A almorzar a cualquier lado, supongo.

—¿No volverán aquí?

—Espero que no.

—Bien... Ha sido usted muy amable, señor Hartwell. Por favor, si volvieran, no les diga que quiero verlos. Prefiero que lo sepan por sí mismos, cuando pueda abordarlos.

—Como usted quiera.

—Gracias. Respecto al testamento... Mmm... ¿No podríamos hacer una excepción?

—¿En qué sentido?

—Me gustaría saber qué dice ese testamento.

—Lo lamento, de veras. La ley es la ley.

—Sin duda —sonrió Romano—. Quizá decida recurrir a ella para leer el testamento sin menoscabar su actuación profesional, señor Hartwell. ¿Tendría inconveniente entonces?

—La ley es la ley. Si usted consigue una autorización de ese tipo, seguiré diciendo lo mismo, y podrá leer el testamento.

—Para ahorrarnos todos molestias, ¿no podría decirme, por encima, cuáles son las condiciones...? ¿No?

—Lo siento —sonrió el notario—. No insista, por favor.

—No insistiré. De cuando en cuando es agradable encontrar personas que cumplen seriamente con su trabajo. Buenos días, señor Hartwell. Y gracias por todo.

—A su disposición.

CAPÍTULO VIII

—De manera que ha sido un buen trabajo esta vez, Miky. Lástima que no hayas podido intervenir. ¿Cómo va ese asunto del gato? Por cierto, tengo que acabar rápidamente el almuerzo. Tenemos a cuatro hombres que podrán decirnos cosas muy interesantes. Apostaría a que ésta es la ruta que lleva las drogas a Nueva York. Por lo menos, una de ellas... ¿Tú qué opinas?

Miky Romano cortó un pedazo de carne, se lo metió en la boca y masticó lentamente. La mayoría de las veces almorzaba en la cafetería-comedor de la Delegación, algunas de ellas con su jefe. Claro que aquello se interrumpía no pocas veces, dos días más adelante, cuando se casase con Hortense... ¡Hortense! ¡No le había llamado!

—Tengo que llamar a Hortense, señor.

—Bien. Pero acaba antes el almuerzo. Tengo trabajo en el despacho, de modo que yo también voy a toda máquina. ¿Qué me dices del asunto de las drogas? ¿Te parece probable que New Haven haya sido utilizada como una vía hacia Nueva York?

—¿Por qué no? De todos modos, parece más lógico que lleguen directamente allá, por barco o avión. Si primero lo desembarcan aquí, y luego las han de llevar a Nueva York por tierra, se complican la vida sin necesidad. Respecto al asunto del gato...

—Sí... Es lo que pienso yo también... Al final, resultará que todo será una simple cuestión local, si bien en gran escala... Esta carne está demasiado hecha... Me la voy a dejar. Mejor, así llegaré antes a ver a esos tipos que hemos atrapado. Hasta luego.

—Hasta luego, señor.

Mulberry se levantó de la mesita que había estado compartiendo con su agente, se alejó unos pasos y se volvió.

—Ah, Miky: a ver si me informas de algo sobre eso del gato... Ya sabes que me gusta estar al corriente de todo.

Romano lo miró hoscamente.

—Sí, señor... Le pasaré un informe completo algo más tarde.

—Bien... Muy bien, muy bien... Hasta luego.

—Adiós.

Acabó de almorzar, tomó café, encendió un cigarrillo y fue al teléfono. Llamó a Hortense. Y cuando apenas llevaba dos minutos hablando con ella, uno de sus compañeros habituales de grupo apareció en la cafetería-comedor, mirando a todos lados. Por intuición, Romano le hizo una seña, y el otro

G-man

se acercó. Romano inquirió con un gesto de cabeza, mientras continuaba escuchando a su novia, y el otro señaló con el pulgar hacia la salida.

—Te esperan —musitó.

Asintió con la cabeza, y el otro federal se fue.

—Querida... Querida, escucha, por favor... Alguien quiere hablar conmigo. Te llamaré luego.

—...

—Procuraré visitarte esta noche, prometido.

—¿...?

—Pues no sé... Quizá de casados sea diferente, pero tú ya sabes lo que es esto.

—¿...?

—Muchísimo. Besitos. Adiós.

Colgó, salió de la cafetería y fue directamente a la sala de espera. Alzó las cejas, un poco sorprendido.

—Señor Penbroke... ¿Ocurre algo?

El profesor de tenis se había puesto en pie y tendía cordialmente su mano. El

G-man

la estrechó, se sentó, y Penbroke volvió a hacerlo.

—Nada —aclaró, sonriendo—. Es decir, nada importante para usted, supongo. Quería pedirle un favor.

—¿A mí? ¿Qué favor?

—Pues... he conseguido arreglar mi contrato aquí. Por un día, el director del Park Tennis Club no ha tenido inconveniente en que me vaya a Flamingo. Usted ya sabe...

—Oh, sí, el nuevo contrato.

—Estoy un poco cansado de Nueva York, de New Haven... Se acerca el invierno... ¿Conoce el clima de la Florida?

—Nunca he estado allí, no...

—Ah... Señor Romano, no se lo pierda. En verano, especialmente en julio y agosto, aquello está un poco... desagradable; hay mosquitos, humedad excesiva, tornados... Pero en cuanto llega octubre, aquello es un paraíso. Las flores son más bonitas, el clima magnífico, las aguas permanecen quietas y azules, todo es color...

—Caramba —sonrió Romano.

—Mmmm... Yo tengo el contrato concertado con el Flamingo Lodge Tennis Club. Es una especie de motel paradisíaco junto al mar, con embarcadero para deportes náuticos... Se ven pasar bandadas de flamencos rojos, y hay pelícanos en los postes del embarcadero. Todo es hierba bien segada, sol y silencio...

—Caaa... ramba. Mmm... Señor Penbroke: ¿entiendo que usted quiere marcharse cuanto antes a ese lugar?

—¿Le parece una tontería esta prisa?

—Por el contrario; y le estoy agradecido, porque me ha dado usted una idea, una solución... ¿Ha venido a pedirme permiso para marcharse de New Haven?

—Bien... Me pregunto qué utilidad puede ser la mía para usted, señor Romano.

—Pues... ciertamente ninguna. Le deseo un buen viaje.

—¡Muy amable! —exclamó alegremente Penbroke—. ¡Me voy ahora mismo a preparar mis maletas y el coche! Y si...

—¿No es un viaje muy largo para hacerlo en coche?

—Según como se mire —sonrió el tenista—. Tengo tiempo sobrado ahora que he conseguido adelantar un día el final de mi contrato. Y viajar hacia el Sur sin prisas es algo... formidable. Puedo ir por la carretera de la costa, acercándome al mar, comiendo aquí, descansando allá... Lo pasaré bien, como siempre.

Miky Romano suspiró profundamente.

—Usted sabe vivir, señor Penbroke. Espero que me envíe una tarjeta postal.

—¡Lo haré con gusto! —rió el tenista—. Es usted un policía muy amable, señor Romano, de veras. Si me necesitase para algo, sólo llámeme al Flamingo Lodge Tennis Club y estaré a su disposición.

—Usted también es muy amable. Adiós, señor Penbroke.

—Adiós...

Se pusieron los dos en pie y volvieron a darse la mano. Morton Penbroke abandonó la sala, y Miky quedó pensativo. La Florida... O sea, Miami, Miami Beach, Tampa, Flamingo... ¿Por qué no? Y en octubre estaba todo precioso... ¿Por qué no? Estuvo tentado de llamar a Hortense para requerir su opinión, pero decidió dedicarse, hasta la hora del sepelio de Orville Somerland, a repasar los datos que poseía sobre el caso y a tomar unas cuantas notas.

CAPÍTULO IX

Para colmo, la tarde estaba gris, casi con llovizna. El ambiente no podía ser más lúgubre, más apropiado para enterrar a alguien. Seguro que en la Florida hasta los entierros tendrían otro... aspecto. Aquélla había sido una buena idea.

Se dedicaba a mirar a los sobrinos de Somerland, sin acercarse demasiado. Tras sus notas y apuntes, había llegado a una conclusión que ya había estado rondando su cabeza desde que el forense le dijera que habían sido tres, por lo menos, los gatos que habían atacado a Orville Somerland: alguien había lanzado aquellos tres gatos contra el viejo y solitario paralítico... Claro que aquello tenía muchos puntos débiles, sin duda. Pero todavía era menos sostenible la teoría de que tres gatos, por sí mismos, habían atacado a Somerland. Tres gatos... ¿Serían los que había mencionado aquel niño, Billy Salters? El gato de la señora Ramson, el de la señora Kinkaid y el del señor Travis. Tres gatos que desaparecen. Tres gatos que atacan a un paralítico, destrozándole, produciéndole tal terror que le ocasiona un colapso mortal.

¿Podía considerarse aquello como un asesinato? Naturalmente, si alguien lo había planeado, era un asesinato; astutísimo, diabólico, estremecedor asesinato. Además, aquellos tres gatos hacía ya diez o doce días que habían desaparecido... ¿Dónde habían estado entonces?

A Orville Somerland le gustaban los gatos, eso era evidente. ¿Cabía la posibilidad de que él los hubiera tenido? No... No, no... Si ni siquiera permitía la presencia de la gatita «Flower», la... novia de «Aladino», ¿por qué iba a querer tener otros gatos? Mmmm... ¿Y la señora Wilson? Rose Wilson, la casi siniestra ama de llaves... Era ella capaz de robar unos cuantos gatos, tenerlos escondidos en algún lugar de la casa al cual no podía llegar el paralítico, y una noche soltarlos contra él, para matarlo del susto. ¿Había ido

primero a por el periódico, soltó luego los gatos, simuló llegar más tarde...?

¿Por qué no? Al parecer, estar a las órdenes de Orville Somerland no resultaba en modo alguno divertido. Ni siquiera medianamente soportable.

¿Sabría Rose Wilson el contenido del testamento? Naturalmente, el notario había acudido a la casa de Somerland para redactarlo. ¿Había oído la vieja ama de llaves las disposiciones del difunto, y no le habían gustado... o le habían gustado demasiado para esperar demasiado tiempo? ¿Le había dejado Orville Somerland una buena cantidad a su ama de llaves? ¿O nada? ¿Y a los sobrinos? ¿Por qué tres gatos tenían que atacar tan ferozmente a un inválido?

Y por último: ¿no estaría complicándose la vida en algo que quizá tenía la simple solución de tres gatos atacando a un inválido que no quería, quizá, que estuvieran con el señorial «Aladino», y los había molestado o herido de algún modo, y los animales se habían revelado...?

No... La solución no podía ser ésa. Cada vez estaba más seguro de que aquello era un asesinato.

El pastor parecía a punto de terminar sus oraciones para el difunto. Lavinia Roberts, por supuesto, no podía ser confundida. Y los dos sobrinos, después de haber oído su descripción, tampoco. Stanley Somerland, en efecto, iba desaliñado, a pesar de la chaqueta y la corbata, que se había puesto nada menos que sobre un jersey de cuello alto; la chaqueta estaba arrugada. Debía haberla llevado hecha un paquete, sólo para aquel momento. No estaba bien afeitado, tampoco. Y, a pesar de todo, resultaba un muchacho simpático, guapo, con un extraño atractivo varonil que hasta un hombre tenía que percibir. Por supuesto que tenía que gustar a las mujeres.

Gerard Langley era más relamido, de rostro bello, buena planta, hombros anchos... Vestía formidablemente bien, estaba impecable, bien afeitado, correcto. Pero jamás tendría aquel encanto simpático de su primo Stanley.

En cuanto a Lavinia Roberts... Bien. Era ciertamente hermosa, de grandes ojos claros, boca llena, redondeada, muy turgente. Su cuerpo era de una belleza de líneas poco corriente. Cabellos rubios, cuello esbelto, manos perfectas... Pero parecía, en efecto, incapaz

de reaccionar ante nada. Era la más inexpresiva de las personas reunidas ante la tumba de Orville Somerland. Muy hermosa, pero fría, sin duda...

Todo terminó.

Hubo una dispersión general. Y desde su distancia media cuidadosamente escogida, Miky Romano, firme en su nuevo plan, estuvo esperando el momento oportuno para intervenir... Que fue cuando los dos primos, tras hablar unos segundos con Lavinia, se dirigieron hacia la salida del cementerio, dejándola allí. Lavinia se fue tras ellos cuando le llevaban apenas cien pasos de distancia. Estaba bien claro que no quería la compañía de sus primos.

Éstos estaban ya en el coche de Gerard cuando la muchacha salió del cementerio.

—¡Lavinia! ¿Vienes o no en mi coche?

Ella ni siquiera contestó. Tal como Romano había calculado, se negaba a volver a Nueva York con sus primos. Buscaría un medio propio para hacerlo... De modo que ésta era la oportunidad del G-man.

Lavinia Roberts casi se sobresaltó al verlo detenerse de pronto ante ella.

—¿Señorita Roberts?

—Sí...

—Soy Miky Romano, del FBI. Uno de los agentes que anoche estuvieron en casa de su tío, cuando..., cuando se recibió la noticia.

Ella asintió con la cabeza. Era muy hermosa, en verdad. Vista de cerca, sus ojos todavía resultaban más grandes y luminosos.

—¿Y bien? —musitó.

—Pues... quisiera conversar unos minutos con usted, si no tiene inconveniente.

—Ninguno. Pero ¿sobre qué? ¿Está usted desarrollando alguna acción legal, señor Romano?

—Digamos que mi trabajo consiste en aclarar en lo posible la extraña muerte de su tío.

Lavinia Roberts alzó las cejas. Parecía sorprendida.

—¿Qué tiene de extraña su muerte? Estuve en la Morgue esta mañana, y me dijeron que la causa del fallecimiento había sido un colapso.

—Sí... Sí, sí, desde luego... Sin embargo, eso del gato atacando

al señor Somerland... Oh, perdón, la tengo a usted aquí, en pie... ¿Puedo llevarla a algún sitio? Conversaríamos durante el camino, si le parece bien.

—Es usted muy amable, señor Romano. Acepto encantada. ¿Hacia dónde va usted?

—Tengo que ir a Nueva York, Pero todos los caminos van allí... La dejaré donde usted quiera.

—Lléveme a la terminal del servicio de bus entre Nueva York y New Haven.

—Con mucho... ¿Regresa a Nueva York?

—¿Le sorprende? —sonrió irónicamente la muchacha.

—No... Por supuesto que no. Bien... Si le parece, puedo llevarla en mi coche... Será un placer.

—Y una agradable casualidad para mí —continuó ella sonriendo irónicamente.

—Celebro que lo considere así —sonrió también Romano—. Si he de serle sincero, temía que resultase usted más... difícil de convencer.

—Sólo para algunas personas. No tengo equipaje, así que podemos partir cuando quiera... ¿Es ése su coche?

—Sí. Por favor...

Fueron al coche, se acomodaron en él, y Romano lo puso en marcha, mirando de reojo a la muchacha. Con Lavinia Roberts se llegaba rápida y fácilmente a una conclusión indiscutible: a las personas hay que saber tratarlas. Lavinia era de las que respondían a un gruñido con otro aún mayor. Y con una sonrisa a otra sonrisa. Fácil, simple, y no poco lógico, en general.

—¿Un cigarrillo? —ofreció el G-man.

—Sí, gracias... Estoy pensando —hizo una pausa mientras encendía el cigarrillo—. Estoy pensando en sus palabras, señor Romano. ¿Qué ha tenido de extraña la muerte de mi tío?

—Los arañazos... ¿No ha estado usted en la villa de su tío?

—No... Bueno, supongo que se refiere a hoy.

—A hoy, sí. Pero conoce a «Aladino», sin duda.

—Oh, sí... —sonrió la muchacha, sorprendidamente—. Es un animalito delicioso.

—Bien... Quizá usted no sabe que...

—Si va a decir que «Aladino» hizo eso, yo le contestaré que no lo creo, señor Romano.

—Sabemos positivamente que no lo hizo él.

Lavinia se volvió velozmente, mirando de nuevo sorprendida al agente del FBI.

—¿Cómo?

—Fueron tres gatos, por lo menos. La opinión del forense es que su tío se llevó tal susto que por fuerza tenía que sobrevenirle el colapso. Si consideramos el asunto de un modo..., mmm..., exótico, podemos teorizar respecto a una... premeditación.

—Temo... no entender... lo que usted dice.

—¿Tenía enemigos su tío, señorita Roberts?

—¡Oh, sí!

—¿Conoce usted a alguno?

—Pues... a varios. Bueno, entiéndame: conozco a varias personas que podrían ser enemigos de mi tío. Todos ellos por motivos de dinero: jugadas de bolsa, compraventas de terrenos o fincas, intervenciones en sociedades...

—Bueno... —sonrió Romano—. Tenemos más de una hora de viaje hasta Nueva York. ¿Tendría usted inconveniente en decirme todo cuanto sepa sobre esas personas, sus motivos, las circunstancias que originaron esa enemistad u odio...?

—Le diré lo que sé, desde luego. ¿Por qué no?

El coche se detuvo ante el edificio en el cual tenía Lavinia Roberts su pequeño apartamento, según había explicado.

La muchacha se quedó mirando al

G-man

con un gesto del todo amable.

—¿Quiere tomar algo, señor Romano? —invitó.

—No quisiera molestar.

—Molestar... ¿a quién?

—No sé. Quizá la esté esperando su novio, o alguien...

—Nadie me espera nunca —sonrió de nuevo—. Y no tengo novio, si eso le interesa de un modo... especial.

—Emmm... Vaya, no quisiera molestarla, señorita Roberts, pero no me interesa de modo especial. Yo sí tengo novia.

—¡Magnífico! Eso me significa una protección contra posibles proposiciones desagradables por su parte. Como imagino que no les

está permitido beber cosas serias cuando están trabajando, yo le invito a un poco de café... O tónica, Coca-Cola...

Cosas inofensivas. ¡No me diga que el FBI es tan severo que sus agentes no pueden tomar un café de cuando en cuando, aunque estén de servicio!

—Dicen que el café es un veneno lento.

—Mmm... ¿Veneno lento?

—¿No sabe el chiste? —sonrió Miky.

—Creo que no. ¿Cómo es?

—Pues un señor que decía que sí, que el café es un veneno lento. Tan lento, dijo una vez, que hace noventa años que lo estoy tomando y creo que ya no duraré mucho.

Lavinia Roberts se echó a reír. Romano se preguntó si aquélla era la misma chica que parecía tener fama de fría, de adusta. Pero, en definitiva, recordó su conclusión: a las personas hay que saber tratarlas. Eso es todo.

—¡Es un buen chiste! —exclamó ella—. Pero no quisiera que se sintiera obligado a envenenarse, señor Romano. No obstante, le aseguro que me agradaría que aceptase.

—Bien... La verdad es que necesito ese café. Acepto encantado.

Salieron los dos del coche. Entraron en el edificio, que, ciertamente, no era elegante. Solamente discreto. Ni grande ni pequeño, ni limpio, ni sucio, ni nuevo, ni viejo... Vivir en aquellas condiciones teniendo un tío millonario no era motivo para sentir agradecimiento, precisamente.

El apartamento de Lavinia Roberts casi desentonaba con el edificio. Sin casi, en verdad. Estaba muy bonito, muy limpio, alegre... Un lugar donde un hombre podía sentirse a gusto, relajado, tranquilo... Había bonitos cuadros, alfombras confortables, muebles bien cuidados, una luz adecuada... Televisión, mueble-bar, librería...

—Creo que debo admirarla, señorita Roberts.

—¿Por qué?

—Hoy día parece que todo es fácil para todo el mundo. Pero no tanto, realmente. Imagino que todo esto le ha costado mucho tiempo de su vida... Es un hermoso apartamento.

—De millonaria —sonrió Lavinia.

—No, no... Desde luego que no. Es pequeño, discreto... Pero estoy seguro que nadie que vea por fuera este edificio pensará que hay en él un lugar como éste... ¿Puedo sentarme... en ese sofá?

—Donde quiera, señor Romano. Prepararé el café.

—Muy bien. Se lo agradezco mucho. Oh, por cierto: ¿la ayudo en algo? Soy un solterón con muchas habilidades.

—Hacer café es fácil. No presumas tanto.

Miky se dejó caer en el sofá, sonriendo. Ah, demonios, la verdad era que se sentía cansado... Había dormido poco la noche anterior, se había pasado el día de un lado a otro, siempre pensando... Pensar demasiado no es bueno. Casi siempre se termina con dolor de cabeza, por listo que uno sea...

El timbrado del teléfono casi le hizo saltar del sofá, a tiempo de darse cuenta de que había empezado a adormilarse. Lavinia apareció en la puerta de la cocina, se dio cuenta de su sobresalto y sonrió.

—Espero que no sea una llamada urgente del hospital. Pedí el día libre, pero a veces... —descolgó el teléfono—. ¿Diga?

Romano la vio fruncir el ceño ligeramente.

—¿Diga? —insistió Lavinia.

El ceño de la muchacha se frunció aún más.

—¡Diga! ¡Di...! ¿Cómo...? No... No, señora, no... Se equivoca... De nada, no importa...

Colgó y se fue de nuevo a la cocina.

—¿Número equivocado? —preguntó Miky.

—Sí... Una señora afónica que pedía por el doctor no sé qué... ¿Muy cargado?

—¿El café? Sí, un poco. Caramba, me estaba durmiendo...

—No se lo diga a nadie.

—¿Qué...?

—Bueno... Dicen que soy una chica... bonita, señor Romano. Si usted va diciendo por ahí que se dormía en mi apartamento, temo que mi prestigio va a disminuir notablemente.

—Será un secreto —sonrió el

G-man

—. ¿Qué clase de música tiene usted?

—De todo un poco. Elija. Deme una sorpresa.

Desapareció en la cocina. Romano fue a la reducida discoteca,

estuvo a punto de sacar un disco de Mozart, pero cambió prontamente de idea. Lo que necesitaba era algo trepidante. De modo que colocó un disco ni más ni menos que de The Animals. Torció el gesto cuando empezó a sonar la música, pero decidió aguantar el tipo. Lavinia apareció un instante en la puerta de la cocina, lo miró asombrada y desapareció... Poco después aparecía con el café, cuando Romano le estaba dando vuelta a la placa.

—Sin ofenderlo, señor Romano: ¿le gusta eso?

—Bueno... El disco es suyo, ¿no?

—Las amigas no siempre hacen regalos adecuados.

—Entiendo. ¿Lo quito?

—No, no... ¿Mucha azúcar?

—Una pizca así. Estaba pensando que hemos hablado de muchas cosas durante el camino, pero no de sus primos. ¿Qué tal son?

—¿Quiere una descripción detallada o un par de palabras... muy expresivas?

—Estoy seguro que tendré suficiente con esas palabras expresivas. ¿Gerard Langley?

—Presuntuoso y odioso.

—¿Stanley Somerland?

Lavinia sonrió casi amablemente.

—Un gandul simpático.

—¿Lavinia Roberts?

—Oh, pues... Vaya, esto es una trampa, señor Romano.

—Y esto es un café excelente. De veras.

—Gracias. ¿Lavinia Roberts? Digamos que... una chica solitaria sin suerte.

—Lo siento. ¿Le gustan los gatos?

—¿A mí? Me tienen sin cuidado. Menos «Aladino». Es un gato excepcional. Yo diría que es más inteligente que algunas personas... ¿Por qué pregunta eso?

—¿Tiene usted gato?

—¡Señor Romano...! ¿Qué está usted insinuando?

—Que estoy oyendo un gato.

—¿Que está oyendo...? ¡No tengo...!

—¡Ssst!

Lavinia quedó petrificada, con la boca abierta. Miky le señaló el dormitorio, pero ella pareció no entender. Estaba muy confundida.

El

G-man

fue al

pic-up,

detuvo el disco, y el apartamento quedó en el más completo silencio. Lavinia lo miraba sin comprender todavía, y el

G-man

insistió en sus gestos hacia el dormitorio. La muchacha se puso en pie, vacilante, pero dispuesta a ir allá...

Y de pronto, por la puerta que daba al pequeño vestíbulo del apartamento, apareció un gato negro, grande, erizado el pelaje, bufando furiosamente, con los ojos brillantes como si tuviera dentro un espantoso fuego verde. No era tan grande como «Aladino», desde luego, pero Miky Romano notó cómo sus pelos se ponían de punta cuando aquella pequeña fiera negra saltó hacia él, sacando sus uñas, bufando, lanzando un «marra-maaaa» espeluznante, mostrando los colmillos, echando baba...

Lavinia se metió de un salto dentro del dormitorio y cerró la puerta violentamente, tan aterrada que ni siquiera tuvo fuerzas para gritar.

El gato pasó por encima del agente del FBI, como una ñera rabiosa, lanzando zarpazos con sus cuatro patas, bufando estremecedoramente... Si Romano no se hubiera dejado caer al suelo, era poco probable que hubiera conservado los ojos, y, desde luego, imposible que su rostro hubiera salido indemne. El gato dio contra la pared, como un proyectil, y cayó al suelo, a cuatro patas. Pareció rebotar, saltando otra vez hacia el agente federal, que ya tenía la pistola en la mano. Desde luego, no sería él quien muriese bajo aquellas garras. En cuanto a su corazón, pasado el primer espanto, era poco probable que sufriera un colapso.

El gato estaba de nuevo en el aire, directo hacia su cabeza, cuando el

G-man

apretó el gatillo de su pistola silenciosa. Se oyó un apagado «plop», el gato dio un maullido brevísimo, se encogió, giró sobre sí mismo y cayó al suelo, con la cabeza destrozada, casi a los pies de Miky Romano, que permaneció unos segundos inmóvil, pálido...

Luego fue hacia la mesita, tomó la taza de café, que empezó a

tintinear sonoramente, y bebió de un trago el resto del confortante líquido negro.

—Dios...

Para su oprobio, se dio cuenta de que las manos le temblaban de un modo poco menos que violento, hasta el punto de que era milagroso que no se hubiese echado el café como una ducha caliente...

—¡Señor Romano..., señor Romano...!

—Puede..., puede salir, se-señorita Roberts...

La puerta del dormitorio se abrió un par de pulgadas apenas, dejando ver un ojo de la muchacha. Con un solo ojo tuvo suficiente para ver el gato, muerto, y acabó de abrir la puerta. Estaba demudada, y salió tambaleándose. Además, tuvo la buena idea de no recurrir al café: fue al mueble-bar, sacó una botella de *whisky*, se sirvió una buena dosis y se la bebió de un trago. Todavía como si se estuviera abrasando por dentro, se volvió hacia el agente del FBI.

—¿Un *whisky*... ahora, señor Romano?

—Que sea... doble... Por favor.

Lavinia le sirvió una buena cantidad en otro vaso, y Romano se acercó a tomarlo. Se bebió de un trago más de la mitad, y luego se quedó mirando a la muchacha, que todavía tenía los ojos desorbitados.

—Je, je... —rió nerviosamente—. Era sólo un gato. Claro está que no llegó sólo hasta aquí, sino que...

Lanzó una exclamación y se precipitó fuera del *living*. Salió al diminuto vestíbulo, llegó a la puerta y la abrió de un tirón, ya con la pistola en la mano. Pero en el pasillo no había nadie, lo cual, si lo pensaba serenamente, era lógico. Había pasado el tiempo suficiente...

Iba a cerrar cuando pensó que sería interesante examinar la puerta. Concretamente, la cerradura. Se quedó mirándola hoscamente... Si todo lo que había aprendido le servía de algo, aquella puerta había sufrido la intrusión de una ganzúa. Y ahora que lo pensaba..., ¿acaso no la había abierto de un tirón, sin necesidad de descorrer el pestillo? Un examen en absoluto complicado le permitió asegurarse de que, efectivamente, la cerradura estaba estropeada ahora.

¿Y bien?

Todo era por demás obvio: alguien había abierto, de cualquier manera, aprovechando el ruido musical, y había tirado el gato dentro del apartamento. Luego, simplemente, había escapado.

Asesinato. ¡Claro que Orville Somerland había sido asesinado! Y lo mismo habían querido hacer con Lavinia Roberts. Esta vez con un solo gato. Por supuesto, el corazón de Lavinia era mucho más fuerte que el de Orville Somerland, pero... ¿habría resistido la muchacha el ataque furiosísimo del gato? Se dijo que cuando aquello terminase se dedicarla a convencer a la gente de que un gato furioso, un solo gato, puede matar a una persona. ¡Cuidado con los gatos!

Cuando regresó al *living*, Lavinia estaba inmóvil, muy abiertos los ojos, sentada en el sofá. Pero se volvió al oírlo, y se quedó mirándolo aterrorizada.

—¿Hay..., hay más gatos...?

—Por ahora, no. ¿Se siente bien?

—No sé... Creo que sí. ¡No lo sé!

—Descanse. Yo examinaré a este gato.

Se arrodilló junto al felino menor. La cabeza casi había desaparecido, apenas quedaban unos pingajos. Cosa muy lógica teniendo en cuenta el balazo que el animal había recibido. Lo primero que hizo el agente del FBI fue examinar una a una sus garras. Se sintió decepcionado cuando no vio en ninguna de ellas una uña rota. Todas estaban en perfecto estado.

—¿Y bien?

Se incorporó.

—¿Puedo disponer de una de sus toallas, señorita Roberts?

—Sí..., sí, claro...

Fue al dormitorio, abrió el armario, apartó unos *shorts* blancos, jerseys del mismo color con una raya azul en el borde del escote... Gruesos calcetines del mismo color... Las toallas estaban arriba, precisamente. Soltó un gruñido: si quería casarse era ya hora de que aprendiese las costumbres femeninas respecto al orden de las cosas en el armario...

Cogió una toalla, regresó al *living* y metió dentro al gato. Ató las cuatro puntas, alzó el bulto y se quedó mirando a la muchacha.

—Le sugiero que venga conmigo.

—¿A... a... adónde...?

—A la Delegación del FBI en Nueva York. Si permito que usted se quede aquí, será tanto como hacerme cómplice de un asesinato... Por favor, señorita Roberts.

—Creo..., creo que haré lo que dice... ¡Lo haré!

—Si tiene que recoger algo, hágalo. No sé cuánto tiempo va a durar esto.

—¿Qué..., qué?

—Bueno —intentó sonreír el

G-man

—. Me temo que éste no sea el único gato que hay en el mundo. Quedan muchos más.

Los ojos de Lavinia Roberts se desorbitaron de nuevo. Saltó del sofá, entró en su dormitorio y apareció apenas un minuto después, con una pequeña maleta en las manos.

—Cu-cuando usted quiera, señor Romano...

CAPÍTULO X

El inspector-jefe de la Delegación del FBI en Nueva York asintió con la cabeza, diciendo:

—Ella estará segura aquí, Romano. ¿Se le ofrece algo más?

—Sí, señor. Quisiera enviar un gato a New Haven.

El jefe de la Delegación no se inmutó en absoluto.

—¿El que tiene en esa toalla?

—Así es. Quiero que lo examinen bien. Una... autopsia.

—Podemos hacerlo aquí, si le parece.

—No, señor. Bueno, perdone... Ocurre que el doctor Pough y yo estamos trabajando en el mismo caso... Me gustaría que fuese él quien examinase al gato.

—Lo entiendo. Tengo un agente al que le gusta el volante. Todos los fines de semana que tiene libres se va nada menos que a Niágara Falls. Estará contento de ir a darse un paseo hasta New Haven. ¿Quiere algún recado más para su Delegación?

—No, señor, gracias. Se lo agradezco mucho.

—¿Necesita aquí cualquier clase de ayuda? ¿Armas, compañía, un auto, radio...? Lo que sea, Romano.

—De veras es usted amable, señor. Pero, por el momento, creo que puedo seguir solo.

—Muy bien. Avísenos si necesita algo.

—Así lo haré, gracias.

—¿Conoce Nueva York?

—Lo suficiente. Encontraré esas direcciones, estoy seguro. Ya le diré lo que vaya ocurriendo.

—Buena suerte.

Miky Romano salió de la Delegación de Nueva York, encendiendo un cigarrillo. Por lo menos, tenía la seguridad de que Lavinia Roberts estaba absolutamente a salvo... Sería interesante ver aunque fuese un agilísimo gato capaz de llegar hasta la

muchacha, protegida en lo más profundo de la sede del FBI en Nueva York.

Tranquilo por ese lado, Miky Romano se dispuso a continuar sus investigaciones en el caso de los gatos asesinos.

Su próximo paso sería visitar a Gerard Langley, el apuesto pero poco atrayente sobrino de Orville Somerland... No. A ése lo dejaría para lo último. Primero, quizá sería una buena cosa para los nervios visitar a Stanley Somerland, el muy simpático muchacho que, inevitablemente, tenía que gustar a las mujeres.

—¿Qué es lo que quiere?

Miky Romano sonrió lo más afablemente posible a la muchacha. Era rubia platino, teñida, desde luego, pero resultaba un bombón de primera categoría. Llevaba una deshabillé de color azul pálido y, a menos que él estuviese viendo visiones, eso era todo. Todo lo que llevaba, se entiende, porque de tener, tenía más que de sobra. Si se hubiera organizado un concurso de chicas superdesarrolladas de caderas y parte alta, aquélla habría ganado sin discusiones. Y ni siquiera tenía la desventaja de ser vieja, nada de eso. A lo mejor, quizá tenía veintitrés años, y eso tirando de largo. Era bonita, de carita de niña mimosa, y tenía unos simpáticos ojos azules que alegraban todo lo demás.

—Perdone... Creo que el señor Somerland vive aquí, en este apartamento... Me dieron la dirección... Quizá esté equivocada...

—No, señor. Stan vive aquí, y a mucha honra. ¿Qué quiere de él?

—Hablarle.

—¿Sobre qué?

—Sobre el asunto de su tío Orville.

—¿Ese viejo canalla...? Se lo diré. Pero, usted, quietecito aquí, amigo... Si Stan está descansando, nadie va a molestarle. Ha tenido un día muy duro. Viajar a New Haven, volver... Y todo por ese viejo asqueroso. Espérese.

Le dio con la puerta en las narices. Apenas quince segundos después, la puerta volvió a abrirse y apareció de nuevo la rubia platino, bien abrazadita a Stanley Somerland, que sonreía tan simpáticamente que habría desarmado a un carro de combate.

—Hola... —saludó jovialmente—. ¿Qué tal?

Miky Romano tuvo que esforzarse en verdad para reprimir una

sonrisa. Aquel muchacho era de lo más fantástico. Le salía en *shorts* tipo pijama, desnudo el torso, desgredado, todavía sin afeitado, con una botella de cerveza en una mano y una colilla en un lado de la boca, cara de sueño, descalzo, sucios los pies... Le salía así, y todavía resultaba simpático desde allí hasta Australia.

—Quisiera hablar con usted, señor Somerland... A solas.

—¿A solas? Bueno... ¿Por qué no? —Se echó a reír—. ¡Hace mucho tiempo que no estoy a solas con un hombre! Y en la novedad está lo bueno, dicen. Pase, señor...

—Romano, Miky Romano.

—Ah. Usted, claro, es el tipo que estuvo en el cementerio y que, según me pareció cuando miré por el cristal de atrás, recogió a mi querida prima Lavinia. ¿Ella está bien?

—Muy bien.

—Hum. No sé si alegrarme. Pase, hombre, pase... ¿Quiere beber algo?

—No, gracias.

—Presiento que no vamos a entendernos, si no me acepta nada... Aunque sea un vodka de nada. Con mucha agua, hombre. ¿Vale?

—Está bien —sonrió Romano.

Fueron los tres al *living*. El joven Somerland señaló un sillón al agente del FBI y él se dejó caer en otro, lánguidamente.

—¡Qué vida ésta, compadre...! Estoy reventado. Hey, Nancy, ¿qué tal si le sirves eso al señor Romano y me traes a mí algo de lo mío?

—¡En seguida, Stan, amor!

El federal estuvo mirando la rapidísima actuación de la muchacha, que, obviamente, echaba chispas por complacer a Stanley Somerland... Sirvió lo pedido y se quedó mirándolo. Stanley bebió un sorbito de lo «suyo», suspiró y alzó sus ojos hacia la chica del deshábille.

—¿Y ahora qué, cotorra? ¿No es hora de que vayas a tu trabajo?

—Oh, sí... Son casi las nueve... Sí, Stan, mi vida...

—Y dile a ese ladrón que quiero que te aumente. No voy a permitir esas sesiones de *strip-tease* tuyas por menos de trescientos a la semana. Díselo, o iré a hacerle una visita de cortesía.

—Sí, Stan, querido.

Romano estuvo mirando a Nancy hasta que ésta desapareció camino del dormitorio. Apareció con una rapidez centelleante, vestida de calle, con un bolsito rojo, zapatos rojos... Casi se volcó sobre Stanley Somerland al darle el beso de despedida; hasta el punto de que éste tuvo que apartarla.

—¡Cualquier día me ahogarás! ¡Hale, largo, a tu trabajo...!

—Stan, ¿estarás cuando vuelva? ¿Estarás esperándome?

—Pse... Ya veremos.

—Oh, Stan, por favor, por favor...

Somerland chascó los dedos.

—No me gustan los gimoteos, así que, ¡largo!

—¿Quieres que te traiga algo...? Lo que sea, Stan, lo que tú quieras...

—A ver si ese negrero te aumenta, y te traes una botella de buen champaña. Lo pasaremos bien, ya verás.

—¡Sí, Stan! ¡Sí!

Nancy salid de allá como un rayo, brillantes los ojos. Cuando la puerta se cerró, el joven simpático se quedó mirando al G-man.

—¿Qué quiere de mí, Romano?

—¿Es su novia? —sonrió éste.

—¿Mi...? ¡Ésta es buena! Emmm... Bueno, es algo así... ¿Usted tenía noticia de que las mujeres son tontas?

—¿Todas?

—¡Todas! Al menos, las que yo conozco. Las miro, les echo una sonrisita, y... ¡amigo, cómo caen! Entonces llega el momento de decirles que no tengo un centavo, y... ¿sabe qué contestan?

—Que no les importa.

—¡Oiga...! ¿Cómo sabe eso?

—Soy adivino. ¿Vive usted de esto, Somerland?

—Pues..., mmm..., vivir, lo que se llama vivir... Ocurre que, no sé por qué, siempre encuentro una chica como Nancy. Son un poco idiotas, pero van, trabajan, me compran caviar, champaña, *whisky*, camisas nuevas, afeitadoras, encendedores de oro, trajes... Y todo lo que tengo que hacer es sonreírles de cuando en cuando, darles unos besos, y... Bueno... Casi siempre consideran que la sonrisa es poco, y claro... Pero ahora que pienso: ¿le interesa a usted mi vida, acaso?

—Creo que ya tengo una idea bastante aproximada de ella —dijo Romano, sonriendo con simpatía, sin poder evitarlo—. De modo que dejaremos esa cuestión y pasaremos a conversar sobre algo más serio... ¿Le gustan los gatos, Somerland?

—¡Miau! ¡Los detesto!

—¿Por qué?

—Son unos animales... poco fieles, en general. Crueles, taimados, astutos, introvertidos, noctámbulos con alevosía, perezosos, descarados... Los detesto: ésa es la palabra exacta.

—¿Jamás ha tenido ninguno?

—¡Ni lo tendré! ¡Palabra de honor! Prefiero un perrito, un loro, un macaco... ¡Nada de gatos! Y si... ¡Oiga...! Un momento, un momento, señor mío... ¿Ha venido usted a endosarme a ese animal llamado «Aladino»?

—Ha quedado solo —apuntó Romano.

—Pues al diablo con él.

—Quizá eso le perjudique, señor Somerland.

Stanley Somerland estuvo silencioso, pensativo, durante casi medio minuto; por fin, movió afirmativamente la cabeza.

—Entiendo... Entiendo, entiendo... Mire, si para tener la herencia de mi tío es condición que cuide de «Aladino», ya puede irse a otra parte con la música. Mi respuesta es NO.

—¿No le interesa el dinero?

—¿Para qué lo quiero? Yo no vivo de dinero, señor. Yo vivo de unas cuantas sonrisas. Si quiero un traje, no tengo que pagarlo con dinero. Sonrío, digo que necesito un traje, y eso es todo. ¿Para qué puerca cosa sirve el puerco dinero, entonces?

—Es un punto de vista muy personal. Pero todos trabajamos por dinero, Somerland.

—Yo no trabajo. No por dinero, al menos.

—Ya sé... Me he dado cuenta. Vamos a resumir esta entrevista, ya que, al parecer, no le gustan los gatos. ¿Cuánto hace que estuvo usted en New Haven? Aparte de esta tarde, claro.

—¡Huy...! No sé... Cuatro, cinco, seis meses... O quizá un año. No recuerdo, la verdad.

—Bien... ¿Conoce usted el testamento de su tío, Somerland?

—No. Precisamente... Oiga, amigo: ¿quién es usted, que se atreve a fastidiarme con tantas preguntas?

—Pertenezco al FBI.

—Ah... Bonito oficio. Pero no muy bien pagado, según tengo entendido.

—Eso es cosa mía.

—Desde luego. ¡A ver...! ¿El testamento de tío Orville? Pues, no, no sé nada de él. Como le decía, precisamente esta mañana estuve a preguntárselo a su notario, allá en New Haven, y el muy honrado me dijo que, hasta dentro de tres días, nada. ¿Por qué?

Miky Romano encogió los hombros.

—¿Qué tal de fuerte está su corazón, Somerland?

—Fuerte como... Oiga —entornó los ojos—: ¿qué está tratando de decirme?

—Es sólo una corazonada mía. ¿Quiere un buen consejo? Recoja sus cosas, desaparezca de Nueva York y no envíe una postal a Nancy hasta que yo le avise Ni a nadie. A nadie.

Stanley Somerland se quedó mirando el contenido de su vaso, fruncido el ceño. Estuvo así casi un minuto, quizá un poco sombrío, cosa que sorprendía en él, ciertamente. Cuando alzó la cabeza, su ceño continuaba fruncido, pero había una chispa de burla en sus ojos.

—¿Cree que a mi van a matarme de un colapso, como a mi tío?

Miky Romano también sonrió. Pero fríamente, secamente. Se puso en pie.

—No diga que no le advertí, Somerland. Ah, otra cosa: ¿dónde ha estado usted desde que regresó de New Haven?

—Vine aquí directo como una bala. Y he estado con Nancy todo el tiempo. Puede preguntarle a ella. Desde luego, mentiría por mí, pero le aseguro que no le sería necesario. ¿Por qué pregunta eso? ¿Ha ocurrido algo... nuevo?

—Usted es inteligente —musitó Romano—. Lástima que no utilice esa inteligencia para asimilar bien mi consejo.

—Estoy bien aquí. Me gustaría ver al gato capaz de matarme de un susto.

—Adiós, Somerland. Si necesitase algo en un momento determinado, llame a la Delegación del FBI, diga que es el caso de Miky Romano y tendrá ayuda inmediatamente. Espero que lleguen a tiempo.

—No ha bebido su vodka.

Romano bebió un sorbo; estaba buena, pero quizá le faltaba un poco de frialdad al agua.

—Adiós, Somerland. Gracias por atenderme.

—¿Me estará vigilando el FBI?

Miky se quedó mirándolo fríamente.

—No. El FBI vigila a quien no le ha ofrecido una salida personal. En su caso, lo más sencillo sería... desaparecer. Ya que usted no quiere hacerlo, nosotros rechazamos cualquier responsabilidad. Ya es usted mayorcito, Somerland. Y me imagino que sin su consentimiento, sería en verdad peliagudo mantenerlo encerrado.

—¿Encerrarme a mí? ¡Ésta es buena!

—Muy buena —admitió Romano—. Pero si yo fuese usted, me iría a toda marcha de Nueva York.

—Yo no soy usted, ni usted es yo.

—Por suerte para mí. Adiós, Somerland.

Lo que son las cosas. Mientras que Stanley Somerland, que no ganaba personalmente ni un centavo, vivía en un bonito apartamento con una rubia platino sensacional que además estaba loca por él, Gerard Langley, el sobrino tipo gángster, guapo, pero en modo alguno tan atractivo como Stanley, vivía en una casa flotante sobre el East River, en la zona de Queens, casi delante mismo de Welfare Island.

Al menos, eso decía la dirección de que disponía Miky Romano.

Había detenido el coche en Vernon Boulevard, con vencido de que el resto del camino, muy poco, sería mejor recorrerlo a pie. Y allá estaba, delante de la casita flotante que era la dirección donde parecía que Gerard Langley había sentado sus reales.

El mundo está lleno de sorpresas. Y el que todavía sigue sorprendiéndose es porque no está con los pies muy firmes en este mundo. Nada es extraño, nada es insólito. Todo cuanto sucede es porque sucede, y si sucede es porque siempre hay alguien capaz de hacer lo más raro... Filosofía pura.

Estuvo tentado de marcharse, porque la casita flotante estaba completamente a oscuras, y eso, normalmente, indica la ausencia de personas en un lugar. Pero pensó que no perdía nada asegurándose, de modo que se acercó, recorrió la pasarela colgante hasta la «terrazza» y se detuvo en el borde de ésta.

—¡Gerard Langley! —llamó—. ¡Señor Langley!

Nada.

Se veían las sucias aguas del río, llevando trozos de madera, papeles, plásticos, mondaduras con formas extrañas. El resplandor de Manhattan parecía cernerse sobre la casita, que se balanceaba suavemente. No muy lejos sonó una sirena. Se veían las luces de los distintos puentes que desde Manhattan llevan a Brooklyn, a Queens, a Bronx...

Se acercó más a la casa, localizó el timbre y llamó largamente. Un minuto fue suficiente para convencerlo de que no iba a tener respuesta. La casita era lo bastante pequeña para llegar a la puerta desde cualquier rincón de ella aunque fuese a rastras.

De nuevo pensó en marcharse. Pero, realmente, ¿adónde ir? Si se marchaba de allí, y todo lo que tenía que hacer en Nueva York era hablar, ver, conocer a Gerald Langley, ¿adónde iría? ¿Dónde encontrarlo? La mejor solución que se le ocurrió fue esperarlo.

Y, por supuesto, ningún agente del FBI que se disponga a esperar seis horas si es preciso, se resigna a permanecer inmóvil todo ese tiempo. Una buena idea sería examinar la casita. Para rutina. Cosa corriente, normal.

Estaba toda ella rodeada de una terraza de unos cinco pies de ancha, sobre el río. La barandilla parecía sólida, pese a ser de simple tronco. Bien mirado, quizá se debía vivir a gusto en aquel lugar. Miró por las dos primeras ventanas, hacia el interior de la casita, pero no pudo ver nada. La oscuridad era demasiado densa allá dentro.

Bien... Gerard Langley lo mismo podía tardar diez minutos que diez horas, de modo que era una actitud inteligente recurrir a la paciencia, asignatura que es usada con harta frecuencia en el FBI.

Romano se volvió hacia la terraza frontal. Se sentaría allá y esperaría...

Apenas había dado un par de pasos cuando oyó el rumor a su espalda. El

G-man

captó la escena en su imaginación como si, en un lugar cerrado y completamente a oscuras, hubiese brotado de pronto un fogonazo: alguien, en aquel mismo momento, aparecía por la esquina, posiblemente pistola en mano, quizá dispuesto a soltarle un gato furioso, quizá con una barra de hierro, un cuchillo... Pero alguien,

justo entonces, aparecía en aquella esquina. Alguien que se había estado escondiendo de él y que, comprendiendo que se disponía a esperar allá el tiempo que fuese necesario, estaba dispuesto a impedirlo, para escapar sin tener que lanzarse al río, cosa que podía resultar peligrosa...

Sabía de un buen truco para repeler aquel ataque. Tenía que dejarse caer al suelo, revolverse velozmente y lanzarse de cabeza, poco menos que a ciegas, contra la persona que estuviese tras él. Eso producía unos segundos de desconcierto, que un agente del FBI estaba obligado a aprovechar a su favor.

De modo que se dejó caer de rodillas como si hubiese sido fulminado, iniciando ya la vuelta para encararse a la persona desconocida. En una milésima de segundo, vio unas piernas esbeltas, fuertes, metidas en unos pantalones negros. Pero al mismo tiempo veía el brillo de una pistola, y, siempre comprendiéndolo todo en fracciones de segundo, supo que no se trataba de golpearlo, sino de matarlo...

Quienquiera que fuese no se detendría ante un agente de FBI más o menos.

Plop.

El disparo silencioso sonó a menos de tres yardas de él, cuando se encogía todavía más sobre sí mismo. Oyó claramente el chasquido de la bala sobre las tablas de la terraza volante, tras notar el sople cálido sobre su cabeza.

Hubiese querido sacar su pistola, repeler la agresión, demostrar que él también sabía tirar... Pero era demasiado tarde. Eso fue lo que mejor comprendió. En el tiempo que él iba a necesitar para sacar la pistola, buscar el blanco, disparar..., el otro tenía que apretar el gatillo..., y su cabeza volaría en mil pedazos.

Por tanto, Miky Romano hizo lo único que podía hacer recurriendo a la más elemental cordura, al más simple instinto de conservación: olvidó su pistola, tensó sus piernas con toda la potencia de que era capaz, y pasó por encima del tronco que servía de barandilla a la terraza flotante, en un salto angustioso, crispado...

Plop.

Notó el golpe del plomo en un lado de la chaqueta. Fue como un tirón seco, sin brusquedades. Luego, se hundió en las negras y

sucias aguas salpicadas de aceite, de manchas de petróleo, de tablones hinchados... Ni siquiera se molestó en abrir los ojos, porque sabía que nada vería y, en cambio, era posible que quedase ciego por unos días, tal era aquella suciedad viscosa, maloliente.

Salió a la superficie, en busca de aire...

Plop.

La bala se hundió junto a su hombro derecho, salpicándole... y sobresaltándole. Todavía sin abrir los ojos, volvió a sumergirse, y se dejó llevar por la pesada corriente aceitosa, aguantando hasta el máximo.

Cuando de nuevo apareció en la superficie, ni siquiera sabía dónde se hallaba. Le costó casi medio minuto orientarse con respecto a la casita flotante de Gerard Langley, pero sin verla; sólo orientarse. Nadó hacia la orilla, luchando contra aquella corriente que parecía maciza, terca, espesa. Un par de minutos después, estaba en la orilla, respirando profundamente, vuelta la cabeza hacia donde sabía que estaba la casa flotante de Langley.

Y estaba tan seguro de que ya no encontraría allí a su desconocido agresor que, sin preocuparse por el hecho de que su pistola, sin duda había quedado inservible por el momento, se dirigió hacia allá inmediatamente.

Ni mucho menos adoptó precauciones al llegar a ella. Sabía que había sido atacado por su decisión claramente perceptible de esperar allí a Langley, de modo que, una vez libre el camino, el agresor se habría apresurado a marcharse a toda prisa.

Terco como un agente del FBI, Miky Romano quedó de nuevo ante la puerta de la casa flotante. La empujó... y se propinó un insulto por no haberlo hecho antes. Estaba abierta. ¿O la habían abierto después de disparar contra él?

Se apartó, pero nada ocurrió. Luego se quedó mirando los hilos eléctricos que llegaban hasta la casita, y de nuevo murmuró algo desagradable para sí mismo. Entró, encontró pronto el interruptor y dio la luz.

Okay.

Naturalmente.

Por supuesto que allá estaba Gerard Langley. Y allá debía haber estado todo el tiempo. Yacía tendido de cara al techo, evidentemente muerto, con el rostro, las manos, el pecho,

completamente llenos de arañazos, de zarpazos. Estaba tan ensangrentado que casi resultaba difícil identificarlo. Su visión resultaba tan estremecedora como la de Orville Somerland el día anterior. Tan estremecedora, que el

G-man

no pudo evitar aquella sensación de náuseas, de frío en su espalda, aquel temblor en las manos.

A pesar de todo, se arrodilló junto al cadáver, para convencerse de que, efectivamente, lo era.

Y lo era.

La expresión de Gerard Langley, sin embargo, no expresaba terror alguno. Es decir, todo lo contrario de Orville Somerland, cuyos ojos casi habían saltado de las órbitas. La expresión de Langley era, simplemente, la de un... durmiente. Eso era con exactitud: la de un durmiente. Un durmiente eterno, desde luego.

CAPÍTULO XI

—¿También quiere que se lo enviemos al doctor Pough?

—No, señor... Creo que..., que no es necesario. Pero sí quisiera la autopsia lo más rápidamente posible, cuanto antes.

—De acuerdo. Imagino que también querrá huellas de todas clases, Romano.

—Pues, sí... Pero no creo que sirvan de nada, señor. Estoy seguro de que vi unos guantes negros en aquella mano que sujetaba la pistola.

—Ya entiendo. De todos modos, buscaremos. ¿Algo más?

—Bueno...

—Oh, por supuesto, nosotros nos hacemos cargo del caso, ya que ha sucedido en Nueva York. Respecto a eso, no se preocupe. Pero me pregunto si todavía quiere seguir sólo en esto... ¿O ya ha llegado al final de su pista?

—No, señor. No he llegado. Temo..., temo que debo volver atrás de nuevo.

—¿Atrás?

—Sí, señor. Y a toda prisa.

—¿Y quiere ir solo?

—Pues... estoy seguro de que un par de compañeros de Nueva York no van a estorbarme, precisamente.

El inspector-jefe de Nueva York asintió con la cabeza.

—Mackey, Traight: id con Romano.

Cuando se llevan aunque sólo sea tres años en el FBI, ya se ha aprendido a sacar conclusiones de acontecimientos pequeños y de acontecimientos grandes. Y aunque siempre, pese a todo, queda esa leve esperanza de milagro, lo cierto es que casi nunca es cierta.

Romano tuvo que recurrir a una ganzúa para forzar la puerta del apartamento. Y, cosa sorprendente ya que nadie había contestado a los varios timbrazos, Nancy, la rubia platino teñida, estaba allí.

Sentada en el sofá, inmóvil, con los ojos muy abiertos, el gesto estúpido, como un gracioso juguete al que se le ha terminado la cuerda o se le han agotado las pilas. Ya no ríe, ya no llora, ya no salta, ya no baila, ya no come, ni bebe, ni hace pis, ni dice papá y mamá...

Nancy los miró, pero continuó igual, impávida, hieráticos los ojos. A sus pies, tendido sobre la alfombra, estaba el simpático, amable, atractivo Stanley Somerland.

Igual que Gerard Langley, no había terror en su expresión; no había nada. Un gesto como de durmiente, y eso era todo. Pero su rostro, sus manos, su pecho, su cuello..., todo estaba cubierto de feroces arañazos. Al parecer, por allí había pasado otro gato asesino. ¿O habían sido varios?

Muy muerto.

Romano dejó caer su muñeca, cuidando de no mancharse de sangre y se quedó mirando a Nancy, que, en el fondo, le había resultado simpática. Cuando una chica como ella, de vida alegre, que hace *strip-tease* y cosas así, es capaz de enamorarse como ella lo había hecho de Stanley Somerland, es que todavía queda muy buena parte humana en ella. Y eso siempre es bueno. No importa que esa chica mantenga a chicos simpáticos como Somerland: eso siempre es bueno para ella. Está viva, es todavía humana, puede salvarse... ¿Quién sabe?

—Nancy... ¿Qué ha ocurrido?

—Está muerto... Mi Stan está muerto...

—¿Quién lo ha hecho?

—No sé. Llegué hace..., hace no sé cuánto. Le había... comprado champaña y unos cigarros de La Habana que..., que le gustan. Entré y le dije: «Stan, mi vida, te traigo...».

—¿Qué más?

—Nada más. Entonces lo vi, ahí, en el suelo. Le dije que sí, que había conseguido los trescientos a la semana. Tengo que hacer un número extraespecial, pero no importa... Ni a él ni a mí nos importa... Nos entendemos bien. Pero no me escuchaba... Y entonces supe que estaba muerto. Primero creí que era una broma. A Stan le gustan las bromas... Una vez... ¡Ja, ja, ja...! Una vez cuando estábamos en la cama, me dijo: «Nancy, tú me engañas...». «Que no, Stan, mi amor, que no... ¡Te lo juro! Desde que te conozco

a ti, sólo tú eres mi vida...». «Nancy, me estás engañando con otro», insistió él. Y yo le dije que no... Pareció que se enfadaba... Y entonces dijo que había encontrado a otro en mi cama, y que todavía estaba en ella, entre nosotros... ¿Y sabe quién era?

—No, Nancy.

—¡Un ratón! ¡Un ratoncito blanco que él había comprado! Le había puesto un lacito rojo, y con mi laca de uñas le había pintado un nombre en la espalda... Lo llamó «Joe». Cuando..., cuando yo vi el ratoncito, me puse a gritar, no comprendí la broma... Pero luego..., luego nos hicimos muy amigos. Y siempre le compraba queso y avellanas...

—¿Qué pasó con «Joe»?

Los dos agentes del FBI que habían acompañado a Romano estaban comprendiendo muy bien la situación. Y tras la seña de éste, se habían dedicado a revisar el apartamento. Aparecieron entonces, y ambos encogieron los hombros y alzaron las manos; por lo menos a simple vista no había nada que mereciese su atención. Romano asintió con la cabeza, y les hizo señas de que esperasen. Uno de ellos señaló hacia el mueble-bar, y el

G-man

aceptó la sugerencia. Sabía que pronto sería necesario aquello.

—Se perdió... Un día, «Joe» se fue... y ya no volvimos a verlo. Stan me dijo que me compraría otro, y yo le dije que no, que si «Joe» se había marchado, yo no quería otro. Igual que con Stan... Yo quería a Stan... Soy... No valgo gran cosa... ¿Conocía usted bien a Stan? Era un hombre maravilloso, encantador... Incluso había estado en una Universidad... ¡Era tan..., tan gentil! A veces, se mostraba brusco, pero él mismo se reía. Decía..., decía que así tenía que ser... Pero siempre..., siempre se portó muy bien conmigo. Era tan guapo, tan..., tan hermoso... Y yo le..., le..., le...

—Nancy... Nancy, no es nada... Todo pasará...

La animadora del «*night-club*» cerró los ojos, de pronto. Cuando los abrió, los fijó en Stanley Somerland. Y, de pronto, se puso en pie, de un salto que sorprendió a Romano, y empezó a gritar con todas sus fuerzas; un chillido agudo, histérico, tembloroso, de locura...

—¡¡¡Hiii-hiii-y íiii...!!!

¡Plaf!

La bofetada la derribó sobre el sofá. Pareció que quería continuar gritando, intentó incorporarse, pero otra bofetada de Romano la clavó de nuevo en el sofá. Todavía intentó Nancy gritar, incorporarse, pero la tercera bofetada fue el último trago del bálsamo; de pronto, se abrazó a Romano, que se había sentado junto a ella, y rompió a llorar con fuerza, con profundos hipidos, crispando sus manos en las solapas del G-man...

—Mackey, traiga eso, por favor... —pidió Miky—. Y llamen otra vez al inspector: necesitaremos otro equipo de huellas... y otra ambulancia.

—Romano.

Alzó la cabeza, sobresaltado, pero haciéndose cargo de la situación inmediatamente. Se había quedado dormido con los brazos apoyados en la mesa, tras negarse a abandonar la Delegación, dispuesto a esperar allí los resultados de las investigaciones de sus compañeros de Nueva York.

—Mackey... ¿Qué hora es?

—Casi las diez —sonrió el

G-man

neoyorquino.

—¡Las diez...! —gritó Miky—. ¡No han debido dejarme dormir tanto...!

—No habría adelantado nada estando despierto. Y parece que necesitaba unas horas de sueño. Uno de nuestros forenses acaba de llamar desde la Morgue. Sería conveniente que usted fuera allá. Lo llevaré.

—Bien... ¿Qué ha averiguado?

—Es mejor que vayamos.

—De acuerdo. ¿Y la señorita Roberts?

—Ella está en el primer piso, a salvo, quede tranquilo. ¿Vamos a la Morgue?

El forense tendió su mano hacia Romano. Era un hombre joven, de mirada viva; parecía dinámico, rebosante de energía. Y el G-man

tuvo la impresión de que estaba excitado.

—Será mejor que venga conmigo a ver el cadáver, Romano.

Quiero que usted vea bien lo que yo voy a ir señalándole.

—Está bien.

Poco después, el médico tiraba del compartimiento frigorífico y alzaba el sudario. Era Stanley Somerland. Desnudo, naturalmente. Miky pensó que durante mucho tiempo estaría soñando con aquellas heridas, aquellos zarpazos en el rostro, en el pecho, las manos...

—Esto no lo ha hecho un gato —dijo de pronto el forense.

—¿Cómo?

Romano se quedó mirándolo desconcertado, y el médico sonrió, satisfecho de todo lo que había descubierto.

—No lo ha hecho un gato —repitió—. Desde luego, los zarpazos provienen de una garra de gato, eso sí.

—Emmm... Temo que no comprendo bien. Si no ha sido un gato, y, en cambio, los zarpazos son de... ¡No!

El forense sonrió, mirando atentamente al

G-man,

que con su exclamación, con su sobresalto, acababa de demostrar que había llegado súbitamente a una conclusión.

—Sí. Es lo que usted está pensando, Romano.

Mackey dejó de rascarse la barbilla, para musitar:

—¿Están dando a entender los dos que esas marcas han sido hechas con una garra de gato... manejada por un hombre?

—Exacto, Mackey —aprobó el forense—. ¿Está de acuerdo, Romano?

—Pe-pero ¿cómo..., cómo ha llegado usted a esa conclusión?

—Bueno... Cada uno entiende su trabajo. Además, conozco bien a los gatos, de mis tiempos de estudiante. Uno de ellos me atacó en un laboratorio, donde estábamos experimentando con él. Son auténticas fieras. Si ese gato que se supone ha atacado a este hombre fue capaz de ensañarse así, es que estaba furiosísimo... En cuyo caso, los zarpazos serían mucho más profundos, más rectos, más... rotundos. Casi como cuchilladas. En cambio, observe la blandura de estos golpes, los desgarrones de la carne en los bordes de las heridas, las desviaciones, las vacilaciones en las marcas...

—¿Qué clase de persona supone que ha podido hacer eso, doctor?

—Pues... un loco, quizá.

—No, no... Me refiero a si ha sido un hombre o una mujer.

—Fiiuuu... —Silbó el forense—. Eso ya es más difícil, Romano. De todos modos, si lo que quiere es conocer la fuerza muscular de quien utilizó la garra de gato, le diré que es más bien... considerable. O sea, la de un hombre fuerte... o la de una persona débil, pero... loca, fuera de sí. Aunque dudo mucho eso.

—¿Por qué?

—Porque esto está muy bien planeado.

—Mmmm... ¿Planeado?

—Algo perfecto. Es decir —corrigió, sonriendo—, casi perfecto. Le puedo garantizar que quien ha hecho esto no es una persona de poca cultura. Por lo menos, sabe cómo provocar un colapso.

—Por Dios...

El forense asintió con la cabeza, alzó el brazo izquierdo de Stanley Somerland y mostró un punto del interior del codo, justo sobre la vena.

—Si mira atentamente, verá un diminuto pinchazo. Este hombre era... un atleta. Un poco fastidiado el hígado por exceso de bebida, pero fuerte como un tigre. En cuanto a su corazón, no tenía el menor... defecto —volvió a sonreír—. Sin embargo, es lógico que haya muerto de un colapso al recibir por la vena unas treinta o cuarenta pulgadas cúbicas de aire.

—¿Está... seguro de eso?

—Completamente. Suele formarse una ligera espuma en la sangre. Además, está la fortaleza de este corazón, el pinchazo... Pero todavía hay más.

—¿Más...?

—Antes de ser asesinado, este hombre fue... dormido. De un modo u otro, cuando le inyectaron el aire, él estaba inconsciente.

—¿También está seguro de eso? —musitó Miky.

—Desde luego. Todavía no he podido saber la sustancia que lo... anestesió, pero daré con ella aunque tenga que estar dos días sin dormir. Nunca me doy por vencido. Por el momento, afirmo que las cosas ocurrieron de este modo: este hombre fue... anestesiado, o gaseado; cuando estaba desvanecido, lo mataron provocándole un colapso, un... cortocircuito en el riego sanguíneo del corazón; y cuando estaba muerto, se dedicaron a lanzarle golpes con una garra de gato, manejada por una persona.

—Esa persona ha tenido que matar un gato y cortarle una pata, ¿no es así?

—Evidentemente.

—Bien... ¿Y el otro, Gerard Langley?

—Todo igual. Todo exacto, idéntico. Lo que he dicho refiriéndome a este paciente, lo digo sobre el otro.

Miky Romano torció el gesto al oír aquello de «paciente». Pero, a fin de cuenta, la actuación del forense convierte a los cadáveres en «pacientes».

—Muy agradecido, doctor. Ha hecho usted un gran trabajo.

—Para esto estamos. Hasta la vista, Romano. Adiós, Mackey.

—Adiós...

Poco después, los dos estaban en el coche. Mackey al volante, ya que habían ido en un coche de la Delegación de Nueva York, dejando el de Romano delante de aquélla.

Mackey pareció dispuesto a decir algo, pero comprendió que Miky estaba pensando, y se dedicó a fumar. Por su parte, Romano, en efecto, estaba pensando. Desde luego, las cosas no seguían una lógica aceptable; no pensaba discutir la opinión del forense respecto a que los zarpazos habían sido hechos por una persona usando una pata de gato, desde luego. Pero no tenía lógica, ya que él había visto cómo a Lavinia Roberts le soltaban un gato furioso. Y entero. Sin trampas. ¿Por qué esa diferencia? La única solución que se le ocurrió tras varios minutos de darle vueltas al asunto fue la siguiente: la persona que estaba haciendo aquello no se había preocupado en absoluto al anestesiar o gasear a Stanley Somerland y a Gerard Langley, pero sí parecía haber tenido en cuenta que Lavinia Roberts era enfermera, y debió temer que la muchacha oliese el anestésico o el gas, lo identificara, y adoptara las medidas necesarias para escapar a sus efectos. Entonces, lo mejor era soltarle el gato y aprovechar su terror para anestesiarla. De paso, el trabajo de los zarpazos quedaba legítimamente hecho por el gato...

El gato.

¿Qué pasaba luego con aquellos gatos? ¿Dónde estaban los que habían atacado a Orville Somerland, aquellos tres asesinos...? ¿O también había sido provocado el colapso de Orville Somerland? No... No era probable que al viejo zorro de Pough se le hubiera escapado ese detalle; además, se había puesto en contacto con el

médico de Somerland, el cual le había dicho que había insuficiencia cardíaca en su paciente paralítico. No, no... Decididamente, Orville Somerland había muerto, en verdad, de un colapso producido por el espanto, por el terror. Luego se había pretendido seguir con el truco de hacer creer que las siguientes víctimas eran atacadas por un gato y también morían de un ataque al corazón.

Pero... ¿dónde estaban los tres gatos que atacaron a Orville Somerland? ¿Y qué habría hecho el asesino o la asesina si él no hubiera matado al gato que atacó a Lavinia Roberts? ¿Acaso podía dominar a un animal loco de furia? ¿Y también a tres gatos furiosos? ¿Cómo los dominaba...? ¿Cómo conseguía llevárselos sin que le atacaran?

Volvió la cabeza y se quedó mirando a Mackey, que le sonrió comprensivamente y le tendió un cigarrillo ya encendido.

—¿Cómo va eso? —preguntó.

—Complicado.

—Es un asunto raro, ciertamente. Pero apostaría algo a que la solución será muy sencilla.

—Así ha de ser... —musitó Romano—. La solución tiene que ser tan sencilla que por eso mismo no la vemos. Sabemos demasiado —sonrió—, para ocuparnos de las cosas sencillas. Lo queremos todo bien difícil. Vamos a la Delegación, Mackey, por favor. Habrá que tomar una decisión respecto a Lavinia Roberts antes de mi regreso a New Haven.

CAPÍTULO XII

Lavinia Roberts se había impresionado por la noticia, naturalmente. En principio, Miky pensó ocultársela, pero consideró que no tenía objeto. El asunto de los gatos asesinos estaba circulando también por la Delegación neoyorquina, de boca en boca: comentarios, teorías... En cualquier momento, uno de aquellos comentarios podía llegar a oídos de la muchacha, de modo que era mejor ponerla al corriente de un modo sereno, diciéndolo con habilidad. Y así lo había hecho.

—¿Y qué... qué podemos hacer ahora, señor Romano?

—No lo sé. Sinceramente, le diré que todas mis teorías se han venido abajo, Lavinia.

—¿Qué teorías?

El

G-man

sonrió como burlándose de sí mismo, amargamente.

—Bueno... Al principio, estuve... convencido de que todo esto era obra de uno de ustedes.

—¿De...?

—De uno de los tres sobrinos de Orville Somerland.

—¡Señor Romano, usted no puede...!

—Cálmese. Ya le digo que eso fue al principio. Pero, evidentemente, ninguno de ustedes se ha dedicado a eliminar a los otros dos para quedarse con toda la herencia..., suponiendo que ésta esté extendida en estos términos de acumulación de partes en los sobrevivientes. Está bien claro. Han muerto sus primos, y usted está viva gracias a que me invitó a café. Por tanto, los tres están descartados como sospechosos.

—Sobre todo, Stanley y Gerald —musitó la muchacha.

—Sí... Sobre todo ellos. Yo... he llegado a la conclusión de que esto es una venganza de un... maníaco contra su tío. Y no contento

con eso, ha querido eliminar a toda la familia. Por lo...

—¡Pero si es así, cuando sepan que estoy viva, insistirán en... en matarme! —exclamó Lavinia.

Romano asintió sombríamente.

—Eso me temo.

Lavinia Roberts se quedó mirándolo con ojos desorbitados, retorciéndose las manos.

—Quiero... quiero marcharme de aquí... ¡Quiero irme lejos de aquí! ¡Quiero irme!

—Aquí está segura —aseveró el inspector-jefe de Nueva York.

—¿Aquí dentro? Pero ¿cuánto tiempo tendré que estar encerrada? ¿Cómo tendré la seguridad de que... de que no va a aparecer un gato por esa puerta en... en cualquier momento...?

—Oh, vamos, Lavinia, sea razonable —farfulló Romano—. Eso de los gatos es secundario ahora. El asesino o asesinos han cometido el error de insistir en ese truco. Aunque... quizá no sea un error, sino, precisamente, un truco. De todos modos, estaban dispuestos a eliminar a toda la familia... Eso debe ser. Primero, a Orville Somerland; a ése, con gran... acierto. Luego, para complicarnos más la vida y desorientarnos definitivamente, al seguir matando a los parientes de Somerland, recurren a esa tontería de los zarpazos, el falso ataque al corazón... Y la verdad es que han conseguido desorientarnos. Completamente.

—Entonces..., ¿no tiene ninguna pista? —Se crispó Lavinia.

—En absoluto. Tendré que empezar de nuevo. Esto se convertirá en un asunto largo, engorroso, delicado... Habrá que ir investigando una a una a las personas que usted me nombró ayer, cuando veníamos hacia Nueva York. Comprobar sus movimientos, sus coartadas... Eso requerirá el trabajo mío y de varios compañeros quizá durante semanas.

—¡Pero yo no quiero estar aquí encerrada durante semanas! Además, pueden encontrarme, hallar algún medio para asesinarme incluso estando aquí dentro...

—Eso, lo dudo —sonrió secamente Romano—. De todos modos, quizá haya una solución mejor.

—¡Me iré a Sudamérica! —exclamó Lavinia.

—¿Tan lejos? ¿No piensa asistir a la lectura del testamento?

La muchacha se mordió los labios y vaciló.

—¿Usted sugiere que yo... vuelva a New Haven, señor Romano?

—Bueno...

—No quiero volver. Por favor: ¡no quiero volver!

—El testamento tiene que ser leído...

—Que lo lean sin mí.

—Pues no creo que eso sea posible... Mmm... Espere. ¡Creo que ya lo tengo! Yo soy abogado, señorita Roberts... Puedo... ser su abogado en este asunto. Bastará que usted extienda una autorización y luego le notifico lo que se haya leído.

—Me parece estupendo, señor Romano. Pero yo... yo quiero irme lejos de aquí hasta que ustedes hayan... solucionado este asunto. Tengo miedo... Y no me avergüenza confesarlo.

—Es comprensible. ¿Adónde quiere ir?

—No sé... ¿A Sudamérica no?

—¿Por qué ese empeño? —sonrió Romano.

—Bueno, quisiera... estar en un lugar soleado, alegre... Me deprime Nueva York, en otoño, con... con todo esto que... Quisiera un lugar donde poder olvidar lo antes posible este horror...

Miky chascó los dedos, de pronto.

—¡Lo tengo! —exclamó—. ¿Qué le parece Miami?

—¿Miami? ¡Sí! Oh, sí, señor Romano, sí...

—¡Bien! Alguien me habló muy bien de esos lugares. Estará estupendamente allá... Sí, señor, buena idea. Ahora, arreglaremos eso de la autorización y, lo más pronto posible, saldrá rumbo a Miami, en avión.

—¿Nadie... me seguirá?

—¿De nosotros, del FBI? —se sorprendió Romano.

—No... Ojalá. Me refiero a... a quien... esté haciendo eso.

—Estoy seguro de que el inspector tiene una salida de... emergencia especial en la Delegación, y un truco bueno para que nadie sepa quién sale o entra en la Delegación, si así conviene. ¿Cierto, señor?

—Cierto... —sonrió el inspector—. No se preocupe, señorita Roberts: le garantizo que en un par de horas estará usted en un avión y nadie sabrá nada de nada.

—Bien... Pero no tengo dinero, ni nada...

—Nos ocuparemos de eso. Emm... Convendría que supiésemos dónde está, a fin de avisarla cuando todo termine, notificarle la

lectura del testamento, enviarle sus cosas...

—Les enviaré una carta o...

—Descartado.

—Yo tengo la solución —dijo Mackey—. Un compañero estuvo en Miami hace unos meses. Conoce allá un motel tan tranquilo, solitario y pacífico que dijo que volvería allá de vacaciones... Iré a pedirle la dirección de ese motel.

—¡Magnífico, Mackey! Bien... Oh, deberá entregarme la llave de su apartamento, Lavinia; yo mismo me encargaré de enviarle sus cosas; las iré a recoger, las traeré aquí y todo saldrá bien. Aunque... si no recuerdo mal... ¿Fue reparada la cerradura, señor?

—Nuestro hombre que estuvo allá «clandestinamente» buscando huellas, lo hizo; sólo tuvo que colocar bien el pestillo y el muelle. De huellas, nada útil, Romano.

—Lo suponía... Bien: ¿me da su llave, señorita Roberts? Gracias... Ahora, nos ocuparemos de la autorización, mientras Mackey obtiene un pasaje en avión a Miami...

—Pero mi dinero está en el Banco...

—No se preocupe por eso, le digo. Yo le enviaré sus cosas y su talonario de cheques...

—Oh, en ese caso, cuando lo reciba les enviaré...

—No envíe nada. Usted se estará quietecita en Miami, sin escribir ni llamar a nadie, tomando el sol. Eso es todo, hasta que la llamemos diciéndole que el caso está solucionado... o cerrado en «Pendientes». Bien: manos a la obra...

Una hora después, todo estaba en regla. Mackey había llamado que llegaría en pocos minutos, con el pasaje de avión, y el inspector ya había dado instrucciones respecto a la salida secreta que debería efectuar Lavinia Roberts. Llegó Mackey, todo quedó arreglado, y dos agentes especiales que hasta entonces no habían intervenido, o sea, desconocidos en el caso de los gatos asesinos, se llevaron a Lavinia hacia el aeropuerto Kennedy.

Una hora más tarde sonó el interfono sobre la mesa del inspector, que admitió en seguida la llamada.

—¿Sí, Ralph?

—Han llamado Peter y Lionel, señor; sin novedad. Vuelo emprendido.

—Estupendo.

Cerró la comunicación y miró a Romano, que había alzado la cabeza de los nuevos apuntes que estaba tomando.

—Oído, señor —dijo—. Me ocuparé ahora...

Sonó el teléfono, que fue atendido por el inspector-jefe, el cual lo entregó en seguida a Romano.

—Para usted, de New Haven, por línea nuestra.

—Gracias. ¿Sí?

—¿...?

—Regresaré pronto, sí, señor. ¿Cómo?

—¿...?

—Ah, el gato, sí... ¿Qué dice el doctor Pough?

—¿...?

—¿Cóoomoooo...? —gritó el G-man.

—¿...?

—¡Salgo inmediatamente hacia ahí!

Colgó de un manotazo, pareció quedarse sin saber qué hacer, excitado, y de pronto se dirigió a toda prisa a la puerta del despacho. Volvió aún más de prisa, y tendió la mano al inspector.

—¡Adiós, señor! Y muchas gracias por todo.

El jefe del FBI en Nueva York alzó las cejas, divertido.

—Ha sido un placer, Romano. Pero no le dé ninguna importancia, ya sabe. ¿Puedo saber lo que ocurre?

Miky casi se sonrojó.

—Sí... sí, señor, perdone... ¡El gato que atacó en el apartamento de Lavinia Roberts estaba envenenado!

CAPÍTULO XIII

—¿Qué clase de veneno? —preguntó.

El doctor Pough encogió los hombros.

—Todavía no lo sé, jovencito. Pero juraría que es... una mezcla de varios venenos. Algo fulminante en verdad. Vaya —sonrió—, parece que esto le interesa: ha llegado de Nueva York en un tiempo récord.

Mulberry miraba fijamente a Romano.

—Supongo que esto te aclara algo, Miky. Te conozco bien.

—Sí, señor... El problema de dominar luego a unos gatos furiosos. Está bien claro que antes de enviarlos contra alguien, eran envenenados. Atacaban como locos, despedazaban... y morían muy pronto; entonces eran recogidos.

—No está mal. Pero ¿cómo los llevaban al lugar elegido?

—No sé... En una caja, o una jaula... ¡Una jaula, una caja...!

—¿Y ahora? —Se sobresaltó Mulberry.

—¡Una caja! ¡Naturalmente! En la ventana pequeña del *living* de la casa de Orville Somerland vi unas marcas... En el alféizar. Parecían... arañazos. Pero no. Fueron alambres, o clavos de la jaula. Esto es lo que ocurrió: alguien colocó la caja sobre el alféizar, la abrió y los gatos, enloquecidos, saltaron hacia Somerland, lo despedazaron...

—Más que posible... —se excitó Mulberry—. Pero dime por qué unos gatos tenían que volverse tan... locos y furiosos.

—De hambre —dijo el forense.

—¿De hambre? —musitó Miky.

—El gato es un animal... sufrido, en general. Pero sé muy bien que el hambre lo puede volver como loco. En determinado grado de ese hambre, es capaz de atacar a una persona.

—¿Para... comer? —Palideció Miky.

—Desde luego.

—Bien, pero..., ¿por qué dice que tenían hambre?

—El que me enviaste debía tenerla. Un hambre atroz. Todo lo que tenía en su estómago era un diminuto trozo de carne, recién ingerida, y que, precisamente, contenía el veneno. Debía llevar sin comer no menos de una semana.

—Los gatos... Los gatos de la señora Ramson, el de la señora Kinkaid, el del señor Travis... La gatita «Flower»... Y otros varios que estoy seguro han desaparecido hace diez o doce días en cualquier parte... Sólo tenían que conseguir unos cuantos gatos... Seguro que desaparecieron más de tres, seguro... En cuanto a la gatita «Flower», como no tenía hambre todavía, la utilizaron para cortarles una pata, y producir los arañazos en las siguientes víctimas...

—¿Puedes explicarte mejor? —Gruñó Mulberry.

—Lo sé todo... ¡Lo sé todo ya! Fíjese, señor: alguien roba unos cuantos gatos. Que yo sepa, tres, pero, claro, debieron ser más. Por lo menos, uno más, que fue el que atacó a Lavinia Roberts en su apartamento... Es decir, me atacó a mí, porque ella... ¡Olvidé enviarle sus cosas! Tendré que volver a Nueva York a buscarlas y...

—¡Por el amor de Dios, Miky! ¡Sigue con lo otro!

—Sí, señor... Bien... Conseguídos esos gatos hace diez o doce días, se les encierra, y se les deja pasar un hambre que se convierte en feroz. Luego, tres de ellos son metidos en una jaula, o una caja cerrada herméticamente. Llevan la caja a la ventana de Orville Somerland muy poco después de darles a cada gato un poco de carne envenenada... Luego son soltados hacia el paralítico, que muere de un colapso, de pánico... Cosa que no me sorprende. ¿Alguna vez le ha atacado un gato en esas condiciones, señor? A mí, sí, y le aseguro...

—¡Sigue!

—Emmm... Eso es: atacan a Orville Somerland, éste muere de miedo, y los gatos se enzarzan a zarpazos y mordiscos con él. «Aladino» interviene en la pelea, pero, de pronto, los gatos mueren, envenenados. Ya muerto Orville Somerland, el o los que han tramado esto, recogen los cadáveres de los gatos y se van, tranquilamente. Ya está.

—¿Y los gatos?

—Enterrados, quemados, tirados a una cloaca... ¡Cualquiera los

encuentra ahora! Luego, el ataque contra Lavinia Roberts, contra Gerald Langley, contra Stanley Somerland... Y dos asesinatos. O sea, que sumamos tres. Lavinia tuvo suerte de mi presencia, pues de otro modo, también habría muerto de... de «un colapso». Provocado, naturalmente. Y así, no queda nadie de la familia Somerland.

—Excepto Lavinia Roberts. Y el asesino lo sabe, ya que no pudo recoger el gato... ¿No es eso?

—Sí, señor. La otra teoría también parece buena: a los dos hombres los gasean primero, luego los matan inyectándoles aire en la vena, hacia el corazón, y luego, con una pata de gato, los arañan... Es casi una burla, pues los asesinos deben saber que nosotros no nos creeremos esa coincidencia de que toda la familia Somerland sea atacada por gatos y muertos todos de sendos ataques cardíacos. Pero, como se trata de despistarnos, siguen con el juego.

—Pues conmigo lo han conseguido —masculló Mulberry—. Estoy perdido, muchacho. Porque, además, hay otro detalle: ¿por qué gasean a Stanley Somerland y a Gerald Langley, y, en cambio, a Lavinia Roberts le tiran directamente un gato auténtico y vivo?

—Buscando un desvanecimiento natural, sin gases. Eso es lo posible. No olvidemos que esa chica es enfermera, podría oler el anestésico, saber lo que era, y protegerse contra él, contra ese desvanecimiento. Entonces, lo mejor es desmayarla... de miedo. El gato muere en el acto, entra quien sea, inyecta aire en la vena de Lavinia y se va, con el gato, tras arañar a la muchacha con una pata del bicho.

—¡Brr...! —Se estremeció el hasta entonces silencioso Regan—. Éste es un caso espeluznante, Miky.

—Ya no tanto, no tanto... Los gatos han sido utilizados, o sea, que todo esto es obra humana. Ya lo dije yo: la explicación tenía que ser sencilla. Sólo falta saber quién lo hizo.

—«Sólo» eso, ¿eh? —explotó Mulberry—. ¡Pues casi nada...! ¿Estás seguro de que no conseguirás recordar al hombre que te atacó en la casa flotante...?

—Sólo vi sus piernas. Imposible, señor. Sin embargo... Sí... Sí, demonios... ¡La explicación tiene que ser sencillísima! No importa quién fuese aquel hombre. Importa saber quién se beneficiará, de un modo u otro, de la muerte de todos los Somerland.

—¿Quién crees tú?

—¿Y usted?

Se quedaron mirándose los dos. Romano empezó a sonreír duramente y Mulberry se puso en pie de un salto.

—¡Hey! ¡Yo voy contigo! ¡Esto no me lo pierdo!

CAPÍTULO XIV

—Ojalá... me lo hubiese... perdido...

Los tres estaban demudados. El que más, Regan. Mulberry lo soportó mejor, y Miky aún mejor que Mulberry. Quizá porque, mientras contemplaba aquello, además del horror, sentía el más grande desconcierto de su carrera de investigador. Jamás se había encontrado con el camino tan cortado, tan cercenado, como en aquella ocasión.

Allá, sobre el cadáver del ama de llaves Rose Wilson, arañada profusamente, sangrante, finalizaba la pista del agente del FBI. Era el fin.

Rose Wilson, lúgubre, siniestra como nunca, yacía en la cocina, cara al techo, manchadas sus negras ropas. Tampoco había terror en su rostro, de modo que el proceso había tenido que ser el mismo, igual que con Stanley Somerland y Gerald Langley: primero la habían dormido, luego la habían matado con aire en la vena, provocando el colapso, y, finalmente, con una pata de gato la habían arañado...

—Debe llevar muerta unas... seis horas, calculo. Habrá que llamar de nuevo al doctor Pough, a Huellas... Pero todo será inútil.

—Una cosa es segura —murmuró Mulberry—: no fue ella quien hizo todo esto. Es... una víctima más. Fallaste, Miky.

—Ya lo sé... ¡Ya lo sé!

—Bueno, no te lo tomes así. Seguiremos en...

—¿Por dónde? ¿Por dónde podemos seguir?

—¿Por dónde? ¿Por dónde podemos seguir? ¡Todo ha terminado aquí! ¡Ya no tenemos nada!

—El testamento... Quizá allá se explique todo.

—Sí... ¡Es posible que sí! Pero hasta pasado mañana no será abierto y leído...

—Eso ya lo veremos... —Gruñó Mulberry—. Yo me encargo del

asunto. Y aunque tenga que molestar al propio señor Hoover, a todo el Departamento de Justicia en peso, ese testamento va a ser abierto hoy mismo. Déjalo en mis manos, Miky.

—¿Y qué hago yo, mientras tanto? ¿Darme puñetazos, por inepto?

—Llama a tu novia. Se tranquilizará.

—¿Mi...? ¡Hortense! Oh, Dios mío, me debe estar odiando en estos momentos...

—No tanto, hombre... —Intentó bromear Mulberry—. Tómame unas horas de descanso, ve a verla. Te avisaré allá cuando tenga la autorización para leer ese testamento. Regan y yo nos encargamos de esto. Pura... rutina. Largo, largo... Ve un rato con Hortense.

—Malas noticias para ella... Tendremos que aplazar la boda.

—¿Por qué? Tú solo no eres el FBI.

—Ya lo sé. Pero ¿pretende usted que yo me vaya de luna de miel... dejando todo esto atrás, sin solucionar?

—Mira, muchacho, siempre queda algún que otro caso sin resolver. Es inevitable. Pero, indudablemente, la investigación proseguirá, estés o no estés tú aquí. De modo que ve a ver a Hortense, espera allá mi llamada para ir a ver al notario, y ya está.

—Bien... Creo que sí necesito un rato de... tranquilidad. Espero esa llamada, señor.

—Sí, hombre, sí. Adiós. Regan, muévete.

—Sí, señor.

Miky Romano salió de la cocina. Cuando entró en el *living* oyó el bufido de «Aladino» y se sobresaltó. Pero el gato pareció calmarse de pronto, quizá reconociéndolo, y lanzó un lastimero maullido... El G-man

se quedó mirándolo, encogido en el rincón, brillantes los extraños ojos fosforescentes.

—Si tú pudieras hablar, «Aladino»...

«Maiiiiiauuu...», tembló la voz del gato.

—No. Así no... Ven... Ven, hombre... Eso es... Soy tu amigo Miky Romano, ¿me recuerdas? Aaaa sí... ¿Estás asustado? ¿Todavía...? No hay para tanto... Eres un bárbaro pesando, «Aladino»... A ver si te gusta una frotadita en la cabeza... Vaya, parece que ya te sientes más feliz, ¿no es cierto?

El enorme gato gemía placenteramente en brazos del

G-man,
que se dejó caer en el sofá, sin soltarlo, pensativo. Regan estaba llamando por teléfono, tras una prudente espera de la reacción de «Aladino». Miky oía sus palabras, pero no hacía caso. Lo de siempre...

—¡Eh! ¡Señor!

Miró vivamente hacia la ventana.

—Hola, Billy —fue hacia allí—. ¿Qué tal, amiguito?

—He estado buscando, señor...

—Ah —Miky saltó por la venta, sentándose en el alféizar, sin soltar a «Aladino», que parecía mirar sonriente al niño—. ¿Y has encontrado algo?

—No, señor. Nada. ¿Y usted?

—Pues... tampoco. Me parece que somos unos espías de muy poca categoría, ¿no crees?

—Oiga, «Aladino» es amigo de usted, vaya, caramba...

—Nos entendemos bien. Hombre... ¿Te gustaría que te regalase a «Aladino»?

—¡Es del señor Somerland!

—Bueno... El ya no volverá. Y estoy seguro de que, ya que has perdido a tu gatita, le gustaría regalarte a «Aladino».

—¡Qué va...!

—Que sí, hombre. ¿Acaso crees que yo le diría una mentira a un espía compañero mío?

—No, señor... Vaya, si eso es verdad, pues... ¡Caramba, esto es lo mejor que me ha ocurrido en mucho tiempo!

—Me alegro. ¿Podrás con él?

—Oh, sí... Espero que sí...

—Cuidado, no te arañe...

—¡Qué va...! «Aladino» y yo somos amigos. Oiga, sí que me enteré de algo, señor.

—¿Sí, Billy? —se animó Romano—. ¿Qué cosa?

—Faltaban dos gatos más, pero de otras casas de más lejos.

—Ah... Bien, eso era de esperar, claro.

—¿Por qué?

—Pues... Por nada. Ha sido un comentario. Tengo que irme, Billy. Espero que cuidarás bien de «Aladino».

—Sí, señor... ¡Ya lo creo! Pero... me parece que «Aladino» no

podrá amamantar a los gatitos de «Flower», ¿verdad?

—Ejem... Temo que no. Tendrás que buscarle otra novia.

—Esperaré que vuelva «Flower». Estarán muy contentos los dos juntos.

—Claro... Claro, Billy. Hasta la vista.

Se precipitó hacia el teléfono, lo descolgó velozmente...

—¡Diga!

—¡Sí, señor! ¿Lo ha conseguido?

—¡Voy allá! No, no... Directo a casa del notario. ¡Allí nos veremos!

Colgó, dio un beso velocísimo a Hortense y voló hacia la puerta. Sacó de nuevo la cabeza.

—¡Volveré en cuanto pueda, o te llamaré...!

Volvió apenas un par de horas más tarde, con el impermeable de plástico en un hombro, la cabeza un poco mojada y una expresión de total desaliento y cansancio. Se dejó caer en el sofá, miró mortecinamente a Hortense, y dijo:

—Está llovisnando. Feo tiempo, ¿eh?

—¿Nada? —musitó Hortense, sentándose a su lado.

—Nada... ¡Nada de nada!

—¿Qué decía el testamento?

—Bueno... Había una cláusula divertida, casi. Billy se pondrá contento. Ya sabes, el niño de la gatita «Flower»... El... difunto le deja a «Aladino» diez dólares diarios, mientras viva, para que esté debidamente atendido.

—¿Y lo demás?

—Bastante normal. Cincuenta mil dólares para Rose Wilson, el ama de llaves...

—¿Crees que la mataron por...?

—¿Por cincuenta mil dólares? No. Absurdo, si tenemos en cuenta que el total de la herencia es de un millón cuatrocientos mil y pico de dólares... Repartido entre tres, en igualdad. Y como sólo queda uno de los sobrinos, pues todo para ella. Revisamos el testamento con la esperanza de encontrar alguna cláusula o disposición que beneficiase a otras personas, o entidades... Nada. No hay ninguna cláusula de esas. El dinero era para «Aladino», diez dólares diarios; para Rose Wilson, cincuenta mil dólares; y para los

sobrinos el resto, a partes iguales. Y ya está.

—Desde luego, Lavinia Roberts ha tenido suerte de ser la única superviviente.

—No seas maliciosa, Hortense... —sonrió el

G-man

—. Eso es cosa de novelas. Y ya que hablamos de Lavinia Roberts, tengo que enviarle sus cosas... ¿Te gustaría que fuésemos los dos juntitos a cenar a Nueva York?

—Oh, sí, Miky, sí...

—Ajá. Nos haremos cargo de las cosas de esa chica, iremos a la Delegación de allá a ver si han descubierto algo...

—Bueno —sonrió dulcemente Hortense—, espero que nos quede tiempo para cenar.

—Seguramente —sonrió también Miky—. Llamaré al jefe para decirle dónde voy a estar este tiempo. Norma de la casa. Y saldremos inmediatamente.

—Ayúdame. Parece que acabaremos pronto, pues no tiene muchas cosas. Océpate de la ropa, yo miraré en el buró. Debe tener allá el talonario de cheques, y quizá otras cosas que querrá tener consigo. Supongo que encontrarás alguna maleta.

Hortense fue al dormitorio, y Romano al buró que había en el *living*. Efectivamente, allá estaba el talonario de cheques. Llaves, un par de bolígrafos, una pluma estilográfica... Poca cosa.

—Miky.

—Dime.

—Es una maleta pequeña; no sé si cabrá todo.

—Voy allá.

Cerró el buró, miró alrededor, pero no vio nada más que pudiera interesarle a Lavinia Roberts durante su estancia en Miami. Entró en el dormitorio... El armario estaba abierto, y se veían prendas femeninas sobre la cama. La maleta parecía llena, y Hortense, sin duda, estaba en un pequeño apuro.

—Hay que apretar más esas ropas —dijo Miky.

—Se arrugará todo.

—Mujer, ¿qué importa eso? Ya lo planchará allá. A ver, déjame...

Lo consiguió. Todas las pertenencias personales de Lavinia Roberts quedaron en la maleta, que se hinchó un poco

excesivamente. Pero, desde luego, eso no tenía la menor importancia.

—Echemos un último vistazo. No quisiera volver por aquí... Cuando recuerdo a aquel gato negro... ¡Miau!

No había nada más. Salieron del apartamento, bajaron, y cuando pasaban ante los buzones de correspondencia, el G-man

vio el nombre de Lavinia Roberts en uno de ellos.

—Vaya... Un detalle que olvidamos... Habrá que buscar el modo de enviarle también la correspondencia. Aquí sale una carta grande...

Era de color amarillento, de papel grueso, y estaba expedida como small packet. Se podía abrir fácilmente por el simple procedimiento de desabrochar la presilla metálica que pasaba por el ojal. Era tan grande que había tenido que quedar en buena parte sobresaliendo del buzón.

—Parece una revista... —comentó Hortense—. Oh, Miky, aquí también está lloviznando...

Miky Romano alzó la cabeza, sonriendo inexpresivamente.

—Se me ocurre una gran idea... —musitó—. Nos casamos mañana mismo, muy temprano, y nos vamos a un lugar del cual me habló alguien... Un lugar formidable, lleno de sol, de mares azules y transparentes, de flores maravillosas...

—¡Oh, Miky, tú sí que eres maravilloso! —gritó Hortense, abrazándolo jubilosamente.

CAPÍTULO XV

Morton Penbroke, el profesor de tenis, detuvo el auto en el estacionamiento del motel y saltó ágilmente, Impecable con su blanco atuendo, atractivo, atlético... Se dirigió silbando hacia una de las cabañas. Era un motel estupendo, desde luego. Quizá un poco caro, pero eso no tenía importancia. Estaba en plena Miami Beach y poseía una pista sensacional, campo de golf... Lástima que no tuvieran tenis. Pero, claro, no podían tardar mucho en instalar un par de pistas, por lo menos.

En la piscina se veían chicas en bikini, muy guapitas, doraditas de sol, sugestivas. Ah, la vida era hermosa...

Pasó por la terraza de la piscina, mirando distraído a todos lados. Desde luego, hay gente que no tiene vista: allá tenía una parejita, barbudo él, con grandes lentes de sol, rojo como un cangrejo cocido, tendido en una extensible. Por lo menos tenía la sensatez de protegerse la cabeza con aquella estrafalaria gorra... La chica era un bombón, desde luego. Ella miraba la piscina, y el barbudo compañero se dedicaba a leer una revista, casi metiendo la cabeza en ella. ¿A que además era corto de vista...? Luego había un señor con un vientre sensacional, acompañado de un bomboncito de primera línea, rubia ella, de grandes ojos azules... La vida... Pasó junto a la piscina pequeña, de escasa profundidad, donde unas cuantas damas más bien obesas se atrevían a sumergirse hasta los hombros. Gran acto heroico.

Y sonriendo tan feliz, Morton Penbroke llegó a la cabaña 18, llamó y esperó sonriente.

Apenas tuvo que esperar cinco segundos. La puerta se abrió, él entró y, tras cerrar, rápidamente, acogió en sus brazos a la muchacha, que lanzó un gemidito de alegría desesperada...

—Morton, Morton, mi vida...

Se dieron un beso en serio y luego quedaron abrazados hasta

que él la apartó suavemente.

—¿Estás bien...? ¿Estás bien, Lavinia?

—¡He pasado tanto miedo...!

—Bueno, todo ha terminado ya, querida. Ahora, sólo tenemos que esperar a que te llamen los del FBI. ¡Menudos bobos!

—Morton, no sé si descubrirán...

—¿Qué han de descubrir? Tuvimos tres meses para planearlo, y mucha paciencia esperando luego el momento oportuno. Desde luego que habrán descubierto la verdad de cómo sucedieron las cosas, pero eso no importa. Ahí se detendrán.

—Si se enterasen... Si supiesen que tú los mataste a todos, que me metiste el gato en el apartamento sabiendo que yo me pondría a salvo y que quizá mataría a aquel agente del FBI...

—Ésa fue la mejor jugada —rió Morton—. Lo demás, sencillo, teniendo en cuenta que aquel Miky Romano me creía lejos de allí y contando con el anestésico y el veneno que tú conseguiste en el hospital... Pero la idea mejor tuya fue la de matar inyectando aire, Lavinia. ¡Eso estuvo sensacional!

—Yo creo —sonrió Lavinia, al parecer completamente tranquila— que la mejor idea fue cómo matar a tío Orville. Estaba segura de que su corazón no resistiría aquello...

—Tendrías que haberlo visto... Me vio en la ventana, vio la caja con los gatos... Y cuando saltaron hacia él, quedó tan aterrado que ni siquiera pudo moverse... Nada. En realidad, murió instantáneamente.

—Oh, Morton, lo que hemos hecho...

—¿Vas a arrepentirte ahora?

—No, no...

—Vamos, vamos, Lavinia... Fue tu tío quien lo provocó todo. A pesar de tu sacrificio al querer cuidarlo y estar junto a él, te dijo que su herencia sería para los tres primos, no para ti sola, por más que hicieras... ¿Por qué para los tres, si podías heredar tú sola?

—Si lo descubren... Pueden sospechar, al ser yo la única que ha quedado viva...

—Miky Romano es tu formidable coartada.

—Pero si Rose, el ama de llaves, dijera algo... Ella debió oírnos, a tío Orville y a mí. Si ella dijese algo de lo que oyó...

—No creo que pueda decir nada —sonrió Penbroke—: la visitó

un gato.

—¿También..., también la..., la...?

—No había más remedio. Mmm... Lavinia, hemos de acabar esto bien. No vuelvas a llamarme a Flamingo, pase lo que pase...

—Tenía... tantos deseos de verte...

—Podrías echarlo todo a perder. Hay que ceñirse al plan en todo momento, querida... Yo acabaré mi contrato en Flamingo, y para entonces habré conseguido uno en Europa. Por tu parte, sólo tienes que esperar que te avisen, regresas, te haces cargo de la herencia... Sin prisas. Luego, un par de semanas más tarde, dices que te vas de viaje a Europa. Yo seguiré en Flamingo, como si nada. Y cuando termine mi contrato, iré a Europa. Y dentro de tres meses exactamente, nos encontraremos en el Mediterrané Hotel, de Niza. No precipitemos las cosas.

—Haré..., haré lo que tú dices... Pero ¡todo este tiempo sin vernos!

—Lavinia: hemos cometido lo que nunca se consiguió, o sea, una serie de asesinatos perfectos. Yo, robando gatos por la noche; tú, robando anestésicos y venenos; matando... No podemos estropearlo.

—Sé que tienes razón, Morton, mi vida...

—Pues eso es todo.

—¿Te vas ya? —exclamó Lavinia Roberts.

—Desde luego. Por favor, Lavinia... Piensa que alguien puede vernos juntos, la vida da mil y mil vueltas... Es más prudente que me vaya ahora mismo. Y recuérdalo: no vuelvas a llamarme a Flamingo... ni a ningún sitio.

—Te..., te acompañaré a la salida del motel...

—No.

—Morton, por favor, por favor... ¡Te quiero!

Volvieron a besarse en serio. Y nuevamente tuvo que ser Morton Penbroke quien la apartase.

—Lavinia, sé juiciosa... Está bien, acompáñame, pero eso será todo hasta dentro de tres meses. ¿Me lo prometes?

—Sí, Morton, sí...

Penbroke se quedó mirándola, sonriente. Tomó el lindo rostro entre sus manos y besó suavemente los labios rojos de Lavinia.

—Yo también lamento esta separación de tres meses, querida... Pero todo se arreglará entonces. Se habrá olvidado el asunto,

podemos casarnos, vivir lejos de Estados Unidos... Al demonio tío Orville: ¡nosotros disfrutaremos su dinero, siempre juntos!

Salieron de la cabaña, brillantes los ojos de Lavinia Roberts. Sí... Valdría la pena esperar tres meses...

Cuando pasaban por la terraza de la piscina, el tipo de la barba se incorporó un poco, quitándose el extraño artefacto que parecía una gorra o un sombrero para el sol.

—Buenos días, Lavinia... ¿Qué tal, señor Penbroke?

Quedaron los dos pálidos, petrificados, como si acabasen de recibir un baño congelante súbito. Incapaces de hablar, de moverse, de pensar, de reaccionar. Incapaces de cualquier cosa que no fuera mirar a aquel hombre, que se estaba quitando los lentes... Y luego, la barba postiza, sonriendo como quien gasta una divertida broma.

—Les presento a mi esposa, Hortense Romano. Estamos de luna de miel en este paradisíaco lugar. Y hasta disponemos de música, oigan...

Alzó lo que, en efecto, parecía un transistor. Movié el dial y, en el acto, se oyó la voz de Morton Penbroke:

«—¿Estás bien...? ¿Estás bien, Lavinia?

»— ¡He pasado tanto miedo...!

»—Bueno, todo ha terminado ya, querida. Ahora, sólo tenemos que esperar a que te llamen los del FBI. ¡Menudos bobos!».

El curiosísimo transistor fue detenido, y Miky Romano movió la cabeza desaprobativamente.

—No debería tener esa opinión del FBI, señor Penbroke. Además, yo sé que no es cierta. Ah, por cierto, señorita Roberts: olvidé su equipaje en Nueva York. Creo que no va a necesitarlo aquí... ni en ningún sitio. Pero le traje una revista que recibió por Correo... Precisamente, la estaba leyendo mientras esperaba... Mmm... Es la revista mensual que el Park Tennis Club reparte entre sus socios, gratuitamente, claro está. Y, claro, como usted es socia de ese club, pues se la envían por Correo. Debí comprender que usted jugaba al tenis cuando vi aquellos jerseys blancos, los *shorts*, los gruesos calcetines... Imagino que las raquetas, pelotas y otra buena parte del equipo lo tendrá en la taquilla del club... Esto... Ahora que recuerdo, señor Penbroke: ¿no era usted profesor de tenis de ese Park Tennis Club? Sí, sí... Lo recuerdo muy bien. Y ahora los veo a los dos juntos... Apuesto a que ya conoció allí a la

señorita Lavinia, y ahora, al verse, pues... han decidido... reanudar la amistad. Lástima que tengan que estar separados tres meses. ¿O serán más? Porque me temo que ustedes no se encontrarán jamás en el Hotel Mediterranée, de Niza.

Morton Penbroke consiguió reaccionar, por fin, aunque sin perder la palidez. Se acercó a Romano, crispando las manos.

—Maldito..., maldito seas, asqueroso federal...

Estaba dispuesto a atacar, de eso no cabía duda. Y por eso mismo, dos tipos atléticos, en *slip*, muy bronceados, de mirada dura y fija, aparecieron junto a él, de pronto, como brotados del suelo. Miky Romano los señaló, sin alterarse.

—Son amigos míos. Ignoro qué tal se desenvuelven jugando al tenis, Penbroke, pero sí estoy seguro de que cualquiera de ellos puede partírle el cuello solo con las manos en menos de cinco segundos. Ah, también pertenecen al FBI, claro... Por favor, señor Penbroke, no alarmemos a los felices residentes de este simpático y formidable lugar. Le ruego que acepte la situación... Todo esto puede terminar como... una amistosa charla entre conocidos. ¿Le parece bien? Así nadie se enterará de nada, y yo podré continuar mi luna de miel con toda tranquilidad, sin ser... famoso en el motel. ¿De acuerdo?

Lavinia parecía a punto de llorar, y continuaba palidísima. Morton Penbroke dejó caer las manos, abatió los hombros... Miky Romano miró a sus dos compañeros del FBI en Miami.

Y su voz fue dura, fría, seca, cortante como acero, cuando dijo simplemente.

—Llévenselos.

ESTE ES EL FINAL

Hortense estaba sentada en el borde de la cama, con un camisoncito diminuto y, además, transparente. De modo que cuando Miky Romano salió del cuarto de baño y la vio, se quedó patitieso.

—¡Caaa... ray! —Casi gritó.

—Éste es otro —se sonrojó Hortense.

—Bueno... Hija de mi vida... ¡Hijita de mi vida!

El

G-man

estaba tan turulato que tuvo que ser su flamante esposa quien se acercara a él, lentamente, alzando los brazos muy despacio durante el corto trayecto. Cuando llegó, rodeó con ellos el cuello de Romano y musitó, mimosa:

—Prefiero... ser tu esposa, Miky Romano.

—¡Por los siglos de los siglos! —exclamó el federal—. ¡Y ahora que...!

—Miky, por favor...

—Esto... Ejem... Bueno... Realmente, no hay prisa, ¿verdad?

—Ninguna —susurró Hortense.

—Claro. Ninguna.

—Ni una pizquita así.

—Claro... ¿Qué te parece una partida de ajedrez?

—Aburrida...

—Es cierto. Mmm... ¿Te cuento un cuento?

—Será muy largo.

—Sí... Esto... ¿Oímos música?

—Me gusta este silencio.

—Y a mí, sí... Bien. ¿Qué podríamos hacer?

—Querido —musitó dulcemente Hortense—, jamás creí que un agente del FBI tuviera tan poca... imaginación. ¿Has olvidado que

estamos en luna de miel?

—¡No! ¡Ya decía yo que había un detalle que se me escapaba...!

Un par de horas más tarde, Miky Romano se sentó en la cama, de pronto. Hortense encendió la luz, sobresaltada, y lo miró...

—¿Qué..., qué...?

—Soy un desconsiderado —sonrió Romano—. El señor Penbroke fue quien me sugirió este clima, este lugar..., ¡y ni siquiera le he dado las gracias!

FIN

DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series

**CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.

